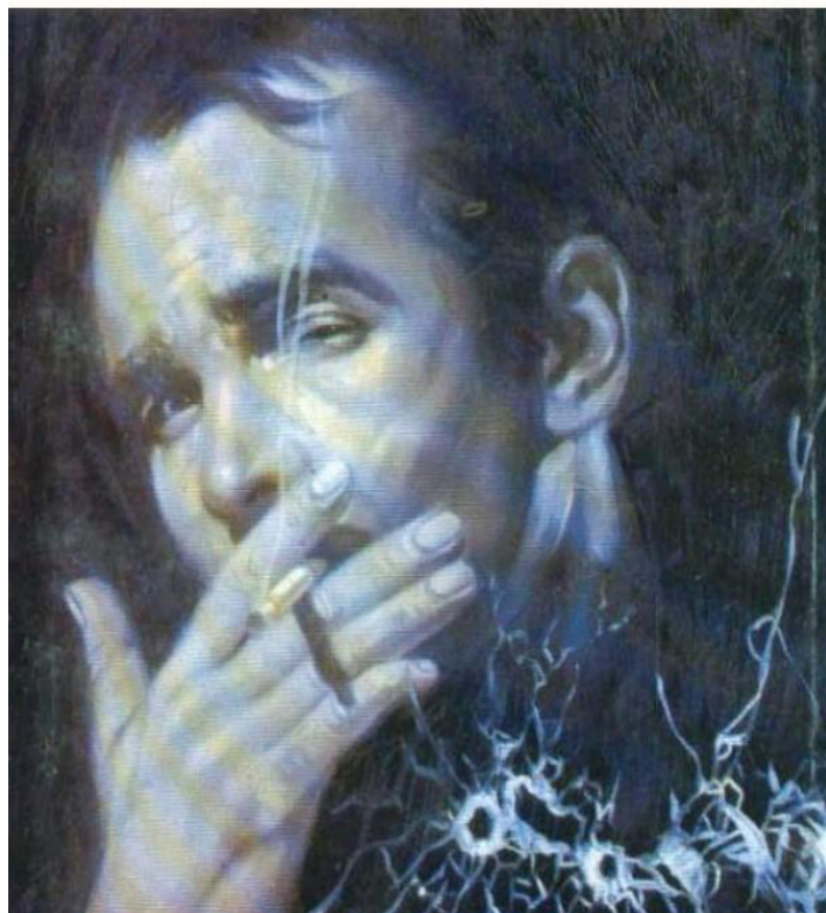


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LOU BELL, PAJARO DE CUENTA

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**LOU BELL,
PAJARO DE CUENTA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.036
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 266 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1982

1ª edición en América: septiembre, 1982

© Clark Carrados - 1982

texto

© Sampere - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.781 — La muerte juega al escondite.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.643 — Cabeza de oro.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138' — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.034 — Vacaciones sin crimen, vacaciones perdidas.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba sentado cómodamente junto al fuego, con un buen libro en las manos y una copa de coñac en la mesita contigua cuando, de pronto, sonó el teléfono.

La mano libre alzó el aparato.

—Lou Bell —dijo.

—Soy Salomón. Toma nota, Lou.

Bell dejó el libro a un lado, buscó una agenda y un lápiz y se preparó para escribir.

—Adelante, Salomón.

—Prospect South Road, 4600. Veinticinco kilates.

—De acuerdo. ¿Cuál es la tarifa?

—Dos mil.

—Ni lo sueñes. Por dos mil no me muevo de mi casa esta noche de perros.

—Lou, no me tientes la paciencia...

—Vete al diablo, Salomón.

Bell colgó el teléfono, que volvió a sonar instantes después.

—Tres mil —dijo Salomón Ebhraddam.

—Seis mil y no acepto un centavo menos. Socio, aunque lo partas en dos y te gastes otro tanto en el tallista, de cada una de las dos mitades, que resultarán ya irreconocibles, obtendrás al menos cincuenta mil, es decir, cien mil en total.

—El negocio se me irá al diablo si te pago esa tarifa —lloriqueó Ebhraddam.

—He dicho cien mil y puede que sean diez o veinte mil más —contestó Bell sin inmutarse—. Seis para mí y otro tanto para el tallista, te dejarán como mínimo un beneficio de ochenta y ocho mil. Tú eliges, Salomón.

Ebhraddam se rindió.

—De acuerdo, seis mil. Veré si el tallista me lo hace por tres mil.

—Ése es un asunto de vosotros dos, Salomón. Por cierto, ¿quién vive en esa casa?

—Benny Schull. La piedra no era suya. Se la robó a la propietaria. Quizá me arregle con la compañía de Seguros, no lo he pensado todavía.

—A mí me pagas seis mil y luego haces lo que te parezca, incluso molerla para mezclarla con el té. ¿De acuerdo?

—O.K., Lou.

—Mañana tendrás el pedrusco. Buenas noches, Salomón.

Bell colgó el teléfono y se desperezó. Sentía muy pocas ganas de moverse aquella noche, pero una perspectiva de seis mil dólares era algo que no podía desaprovechar. Puso una señal en el libro, apuró el último sorbo de coñac, arregló la chimenea y luego se dirigió a su dormitorio.

Media hora más tarde, se había vestido enteramente de negro y llevaba pendiente del hombro un bolso, con algunas herramientas. Una vez equipado, fue al garaje.

El coche era corriente de aspecto, pero tenía un motor anormalmente potente. Bell había hecho pruebas en cierta ocasión, llegando a los doscientos noventa por hora. Se asustó y quitó gas de inmediato, jamás había rodado a semejante velocidad. Pero aquel motor hacía que el coche, cuando era necesario, arrancase como un «jet» de combate.

Encendió los faros y el mecanismo de la puerta se activó.

Al salir a la calle, puso en marcha el limpiaparabrisas. Llovía y soplabla viento.

—Una perfecta noche de perros —masculló.

La casa estaba completamente silenciosa. Bell, con una lámpara sujeta a la frente, examinó el lujoso despacho al que había llegado sin demasiadas dificultades.

Las alarmas eran muy sencillas y no le había costado trabajo desconectarlas. Cuando encontró la caja fuerte, supo que no encontraría apenas obstáculos y así fue, sólo que ocurrió que la piedra no estaba allí.

Cerró la caja y se mordisqueó el labio inferior. Había usado guantes en todo momento, de modo que no tenía que preocuparse por las huellas.

Las informaciones de Ebhraddam raras veces solían fallar, y menos en un caso de importancia. Si la piedra no estaba en la caja fuerte, ¿dónde podía haberla escondido, su dueño ilegal?

Retrocedió unos pasos, mientras se esforzaba por encontrar una respuesta al enigma. De pronto, la luz de la lámpara iluminó algo que le causó una gran extrañeza.

El marco era muy valioso, una cornucopia dorada de gran belleza. Bell se acercó y lo estudió durante unos segundos.

—Barroco del XVII —identificó.

El marco, sin embargo, estaba vacío. Aún se advertían algunas minúsculas hilachas en los bordes interiores.

—Ese sinvergüenza debió de haber usado una cuchilla más afilada —se indignó.

Todos los indicios apuntaban al robo de una tela, seguramente muchísimo más valiosa que el diamante. Sin haber visto el cuadro ni tener la menor noticia del tema ni de su autor, Bell se dijo que habría dado media docena de diamantes como el que buscaba a cambio de la tela.

Pero había llegado tarde y no podía evitarlo. De pronto, creyó adivinar el lugar donde había sido escondida la piedra.

Sin perder tiempo, fue a la cocina y abrió el frigorífico. Había tres bandejas con cubitos de hielo y las puso en el fregadero. Luego buscó un cazo grande.

El hielo de la primera bandeja se fundió en el cazo, bajo el chorro de agua. Cuando todo fue líquido, Bell buscó un colador.

El agua pasó completamente a través de los agujeros, sin dejar el menor rastro. En la segunda bandeja, obtuvo el éxito.

Con ojos brillantes de satisfacción, contempló la hermosa piedra, que despedía chispas como jamás había visto. Buscó un paño, la secó cuidadosamente, y luego la guardó en uno de los bolsillos del pantalón.

Puso agua en las bandejas vacías y devolvió todas al congelador. Luego se dispuso a abandonar la casa.

El interior le resultaba nuevo y equivocó el camino, antes de darse cuenta de que no volvía por el mismo sitio. Había un hombre junto a una pared y vio que le sacaba la lengua. Maquinalmente, Bell le devolvió el gesto y siguió andando.

Solamente dio tres pasos. Deteniéndose, retrocedió, andando

hacia atrás, y contempló al sujeto.

En un principio, le había parecido muy alto, debido a la deficiente iluminación. Pronto se dio cuenta de que era un juicio erróneo.

El hombre parecía alto, porque tenía los pies a palmo y medio del suelo. En torno a su cuello se veía un cordón de seda, anudado al brazo de una lámpara que sobresalía de la pared. La lengua saliente no era precisamente una mueca de burla.

En el rostro del individuo no había señales de terror. Bell dedujo que había sido golpeado primeramente, hasta hacerle perder el sentido, y luego lo habían colgado.

—Descansa en paz, Benny Schull —murmuró.

Se santiguó piadosamente, giró en redondo y buscó la salida.

Por la mañana, mientras desayunaba un par de huevos con jamón y algunas otras minucias, oyó la radio:

—... fue asesinado, sin duda, según informó el forense de la Policía, ya que se apreciaron señales de golpes en la parte posterior del cráneo, evidentemente para hacerle perder el sentido y evitar toda resistencia en el momento del ahorcamiento. Esto excluye de un modo absoluto la posibilidad del suicidio...

El locutor divagó un poco, dando más detalles del suceso, y luego añadió:

—Parece ser que los móviles del crimen fueron el robo de una valiosa tela, un cuadro atribuido a Goya, de sesenta y cuatro por cuarenta y seis centímetros, titulado «Retrato de una amiga» y fechado en mil ochocientos uno...

El teléfono sonó de pronto. Bell apagó la radio.

—¿Has oído la noticia? —preguntó Ebhraddam.

—Sí.

—A Schull le han dado su merecido, Lou.

—¿Tú crees?

—Lo esperaba. Un día u otro tenía que ser.

—¿Quién, Salomón?

—Oh, tenía tantos enemigos...

—Pero sólo uno lo colgó.

—Eso no me importa. ¿Tienes la piedra?

—¿Tienes la «pasta»?

—Intercambio a las siete en punto.

—O.K., Salomón. Ah, una cosa.

—Dime, Lou.

—¿Has oído la noticia del robo del cuadro?

—Sí, y me extraña bastante.

—¿Por qué? Yo vi el marco vacío, muy valioso, por cierto...

—Lo que valía era la tela, si realmente era un Goya —dijo Ebhraddam.

—¿No lo era?

—Posiblemente, sí, aunque me extraña muchísimo. Schull no era hombre que se ocupase de ciertas minucias.

Bell se indignó.

—¡Llamar minucia a un cuadro de Goya! —resopló.

—Bueno, era una metáfora. A él le gustaban cosas más pequeñas, pero tan valiosas y, sobre todo, fáciles de transportar.

—Alguna vez pudo variar de opinión, ¿no crees?

—Es posible, Lou.

—Era verdad. Demonios, yo vi el marco vacío... Además, la tela fue cortada por un inexperto. A veces pienso que lo hizo con un hacha.

—Bueno, bueno, eso no nos importa en absoluto. Lo que interesa es la piedra. Ven a las siete en punto de la tarde.

—Ten el dinero preparado.

—Conforme, Lou.

Bell colgó el teléfono y siguió desayunando. Se preguntó quién había asesinado a Schull, llevándose luego un cuadro que podía valer millones.

—Suponiendo que de verdad sea un Goya —murmuró.

En aquel momento, sonó el timbre de la puerta y, tras limpiarse los labios, se levantó para abrir.

CAPÍTULO II

El inesperado visitante era una hermosa joven, de cabellos negros y ojos verdosos, vestida con elegante discreción. Era bastante alta y tenía un cuerpo con innegables atractivos físicos. Bell le calculó unos veintidós o veintitrés años.

—¿Señor Bell? —dijo ella.

—Si...

—Me llamo Joyce Ottman. Desearía hablar con usted, si no tiene inconveniente.

—Ninguno, señorita Ottman. Pase, tenga la bondad.

Bell la condujo hasta el salón.

—¿Quiere café? —invitó.

—No, gracias, ya he desayunado.

Ella estaba en pie, con las manos unidas por delante, sosteniendo el bolso. Bell se sintió incómodo.

—Por favor, siéntese.

Joyce lo hizo así y quedó rígida, con las rodillas juntas y las manos sobre el bolso apoyado en su regazo.

—Parece que tiene algo interesante que decirme —observó Bell—. Pero, al mismo tiempo, teme hablar. ¿Me equivoco?

Ella hizo un gesto negativo. Hizo un esfuerzo y, al fin, dijo:

—La verdad es que no tengo por qué sentir temor de mencionar algo de lo que no soy culpable. En todo caso, soy la víctima, señor Bell.

—Muy bien, hable y tenga en cuenta que todo lo que me diga será considerado como puramente confidencial. Suelo ser siempre muy discreto, a menos que un juez me requiera para abandonar esa discreción, cosa que —añadió él con una risita—, no suele suceder muy a menudo. ¿Cuál es su problema, señorita Ottman?

—El Goya robado —contestó Joyce.

Bell enarcó las cejas.

—¿Cuál es su relación con ese cuadro?

—La de propietaria despojada.

—¿Era suyo?

—Sí.

—¿Puede demostrarlo?

—Poseo los documentos pertinentes, aunque no los he traído conmigo. Sin embargo, si lo desea, puedo enviarle fotocopias...

Bell levantó el índice.

—Un momento —dijo—. Empiezo a sospechar que me ha visitado para que la ayude a recuperar el cuadro.

—En efecto.

—Estaba en casa de un hombre que ha sido asesinado la noche pasada —dijo él.

—Schull lo había robado a su dueño.

—¿A usted?

Joyce vaciló y se mordió los labios.

—Bueno, yo...

—Veamos si podemos aclararnos —sonrió Bell—. Usted dice ser propietaria del cuadro, pero no parece que se lo hayan robado a usted misma. ¿Cómo se entiende esa aparente incongruencia?

—El cuadro pertenecía a mi tía Hadwin Wishower, muerto hará un par de meses. Mi tío me lo otorgó en su testamento, cosa que se puede comprobar fácilmente, y ordenó a su abogado que me entregase los documentos justificativos de esa propiedad. Desgraciadamente, el cuadro fue robado dos horas antes de la muerte de mi tío y yo no pude hacerme cargo de él. Recibí los documentos y una copia del testamento, pero no el cuadro.

—Ahora lo entiendo. Bien, ¿quién le ha dicho que yo puedo recobrar ese cuadro? Mejor dicho, que estoy en condiciones de intentar la recuperación de la tela robada.

—Alguien que le conoce bien, señor Bell.

—¿Puede decirme su nombre?

—No. Lo siento. La persona que me recomendó a usted, me prohibió terminantemente que citase su nombre. Fue una condición previa que estableció cuando yo fui a pedirle ayuda. Comprenderá que debo respetar sus deseos.

—Perfectamente, señorita Ottman. Demos por sentado que soy la persona indicada para recobrar el cuadro. Pero si es un Goya,

¿por qué no se denunció su desaparición en el momento oportuno?

—Lo consulté con el abogado de mi difunto tío. Dijo que él se encargaría de las gestiones pertinentes y que no convenía que se divulgase la noticia, porque los ladrones aparecerían como moscas en pos del cuadro. Hasta ahora, no se puede decir que el abogado haya tenido éxito, por lo que, cansada de esperar, decidí venir a verle a usted.

Bell reflexionó unos momentos.

—Ese cuadro puede valer millones —murmuró.

—Lo sé. Si lo tuviese en mi poder y quisiera venderlo, me darían dos millones a ojos cerrados. Si llamase a «Sotheby's» o a «Christie's», ya sabe, las más famosas casas de subasta, podría llegar muy bien a los tres millones.

—Es una cifra mareante —sonrió él. «Al lado de esa tela, el diamante que “birlé” anoche es menos que la colilla de un cigarro», pensó.

—Estoy dispuesta a recompensarle generosamente —dijo Joyce. Abrió su bolso, sacó un cheque y lo puso en manos de Bell—. Un anticipo a cuenta —explicó—. Cuando haya recuperado el cuadro, completaré la cifra hasta cincuenta mil.

El cheque estaba firmado por quince mil dólares. Bell se abanicó un momento el rostro con el rectángulo de papel.

—Conforme —aceptó—. Haré todo lo que pueda, pero debe tener en cuenta que el asunto puede no resultar fácil y, desde luego, ya es peligroso, porque el ladrón que tenía el cuadro fue asesinado.

—Lo sé, pero también sé que usted lo conseguirá.

—Gracias por la confianza que demuestra en mí, señorita Ottman.

—Espero tener noticias tuyas muy pronto. No me llame; yo me pondré en contacto con usted periódicamente, señor Bell.

Joyce se marchó, dejando una tenue estela de perfume de violetas silvestres. Bell volvió a abanicarse con el cheque.

Pensó en la persona que había recomendado a Joyce que viniera a verle a su casa. Debía de ser alguien que le conocía muy bien. Lo curioso del caso es que tal circunstancia se daba en muy pocas personas. Tendría que buscar en su memoria para identificarla.

Pero la recompensa ofrecida por Joyce merecía la pena. Cincuenta mil dólares no eran una fruslería y decidió ganárselos.

A las siete de la tarde entró en la tienda de compraventa de Salomón Ebhraddam y se acercó al mostrador. Ebhraddam estaba atendiendo a un cliente y, cuando éste se marchó, puso el cartelito de

CERRADO

en la puerta, echó el pestillo e hizo una señal al joven.

—Ven, Lou.

Bell siguió al dueño de la tienda hasta un despacho atestado de los objetos más increíbles. Había desde enormes carillones hasta juegos de auténtica porcelana de Meissen, cadenas de oro y máquinas fotográficas tremendamente sofisticadas. Sólo un trozo de una de las paredes estaba despejado, el correspondiente a una puerta metálica, de casi dos metros de altura, con su círculo de clave de cierre y apertura y la manija correspondiente.

Ebhraddam abrió la puerta y un enorme refrigerador apareció a la vista. Sacó dos latas de cerveza y entregó una al visitante.

—Un bonito truco, Salomón —sonrió Bell.

—Es maravilloso. Varias veces han entrado y han abierto la que suponen caja fuerte, pero sólo han encontrado comida y bebida. La voz se ha corrido y ya no me molestan —contestó Ebhraddam maliciosamente.

—Porque no saben que la auténtica caja fuerte está detrás del segundo estante.

—Pero tú no me traicionarás, ¿verdad?

—No, siempre que mantengas los tratos, Salomón.

—Me gusta cumplir la palabra que doy —dijo Ebhraddam—. ¿Traes la piedra?

—¿La «pasta»?

Ebhraddam suspiró.

—Es como si me arrancasen seis mil dientes. Con dos mil estabas más que pagado...

—Vamos, vamos, Salomón, no te hagas la víctima. Debiera haberte pedido el doble, sobre todo, si pensamos en el espectáculo que me encontré en la casa después de conseguir la piedra.

—¿Viste muerto a Schull?

—Sí. Hacía ya rato que lo habían colgado cuando yo llegué.

—Nadie lo echará de menos —dictaminó Ebhraddam—. Era un perfecto ejemplar de hijo de perra y tenía que acabar así, con un

palmo de lengua fuera. Bueno, hagamos el intercambio, que es lo que interesa.

Bell sacó el diamante y Ebhraddam un fajo de billetes, que extrajo del cajón central de su atestada mesa de trabajo. Bell empezó a contar el dinero.

—No te fías de, mí, ¿eh? —dijo el dueño de la tienda.

—No —contestó Bell secamente.

Los billetes eran de cien. Bell contó cincuenta y siete y, pacientemente, tendió la mano.

—Salomón...

Ebhraddam suspiró.

—Me habré equivocado al contar —dijo.

Bell sonrió al recibir los tres billetes que faltaban.

—Eres un tipo único —dijo—. Si la gente supiera que no te llamas Ebhraddam, sino Jones, y que tu nombre es Johnny, en lugar de Salomón...

—La cosa queda mejor así, no lo dudes, Lou.

—Sí, aunque a veces, me entran ganas de divulgar la verdad.

—Hombre, reconocerás que Johnny Jones no es un nombre adecuado para mi negocio. Hay muchos negocios que han fracasado por un título inapropiado.

—Eso es cierto. Oye, ¿cómo tenía la piedra Schull en su poder?

—El diamante procede del tesoro del capitán Wishover —respondió el comerciante.

Bell oyó aquel nombre y se sintió muy intrigado.

—¿Has dicho Wishover?

—Sí. Fue capitán en la Segunda Guerra Mundial, concretamente, de la Policía Militar. Cuando regresó licenciado, hubo muchos rumores acerca de enormes cantidades de joyas que había digamos encontrado y que no fueron devueltas a su dueño. Gracias a su posición, pudo entrar el tesoro sin dificultad, aunque más adelante, las autoridades militares, debido a los persistentes rumores que corrían, iniciaron una investigación que no dio el menor resultado. La verdad —explicó Ebhraddam—, yo no creo que fuesen tantas las joyas, aunque sí debió de traerse un buen paquetito, que fue luego la base de su fortuna.

—Comprendo. ¿Sabes si en ese «tesoro» había también algún cuadro de valor?

—No creo. Wishover se dedicó a cosas de fácil transporte, aunque luego, como se enriqueció, compró algunos cuadros valiosos.

—O tal vez los trajo consigo y, con el tiempo, los colgó de las paredes de su casa y dijo que los había comprado.

—Pudo ocurrir así, en efecto, aunque no hay nada seguro sobre el particular.

—¿Sabes si Wishover y Schull tuvieron alguna relación común?

—No, pero si te interesa el asunto... Oye, no andarás buscando el Goya robado...

—Sí, me han encargado que lo busque, Salomón.

Ebhraddam meneó la cabeza.

—Te costará mucho —dijo.

—No he creído nunca que fuese una tarea fácil, Salomón.

—Entonces, te daré la primera pista. Hay una dama inmensamente rica y chiflada por la buena pintura, Kathryn Vorsbaert. Vive en la Green Hill, en la casa más alta. Puede que ella haya encomendado el robo del cuadro.

—¿Con asesinato incluido?

—Empieza por Tom Mungo. ¿Lo conoces?

—Sí. ¿Crees que pudo ser él?

Ebhraddam sonrió maliciosamente.

—Me alegro de mi apellido, aunque no sea el auténtico, y también de no tener el Goya —contestó.

Bell hizo un gesto con el índice, llevándolo a su sien derecha.

—Gracias por todo —dijo.

—Guárdate de Reggie Fox —aconsejó el comerciante.

—¿Quién es ese tipo, Salomón?

—El mastín de Mungo. Le gusta la sangre más que a un Drácula hambriento. Disfruta rompiendo huesos y haciendo otras tonterías semejantes.

—Gracias, tendré en cuenta el aviso.

Bell abandonó la tienda. Cuando salió a la calle, ya era de noche cerrada.

Dio dos pasos por la acera y, de repente, se notó flanqueado por dos individuos de enorme complexión. Antes de que pudiera hacer nada, se sintió levantado en peso y conducido hacia un automóvil que aguardaba junto al bordillo.

Los dos hombres le arrojaron al interior del coche como si fuese un saco de patatas. Bell intentó revolverse, pero cuando empezaba a hacerlo, vio un puño que se dirigía rectamente a su mandíbula.

Ni siquiera sintió el golpe. La pérdida de la consciencia sobrevino instantáneamente.

CAPÍTULO III

Alguien le arrojó a la cara un chorro de agua y Bell empezó a recobrase. A los pocos momentos, pudo darse cuenta de su situación.

Estaba en una habitación que no era más que un cubículo de cemento, con una sola lámpara en el techo, sentado en una silla y con dos hombres frente a él, uno de ellos, también sentado. El otro, en pie, detrás del anterior, era anormalmente grande, más de dos metros diez y no menos de ciento veinte kilos de peso.

Debían de ser Mungo y su mastín, Reggie Fox. Los dos que le habían capturado estaban a ambos lados de la silla que ocupaba.

—Lou, soy Mungo —dijo el sujeto que tenía frente a sí—. Es inútil dar más detalles. Sabes quién soy, aunque no nos hayamos visto hasta ahora. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó el joven.

Se pasó una mano por el mentón, aún dolorido.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Los rumores apuntan hacia mí, pero no me cargué a Schull. Tampoco tengo el cuadro. Tú sí sabes quién lo tiene, incluso puede que esté en tu poder.

—Te equivocas, Tom. No sé nada.

—Lou, una de las cosas que más me indignan en este mundo es la pérdida de tiempo —dijo Mungo tranquilamente—. Mira, seamos sinceros. Tú me dices dónde está el cuadro y yo te suelto inmediatamente. Podrás irte entero, sin el menor daño.

—Tom, nunca me imaginé que fueses aficionado a la buena pintura. ¿Te das cuenta de que ese cuadro «quema»?

—Deja los riesgos para mí. Lo demás no te importa en absoluto, Lou.

—Lo siento. No sé nada. Me imagino que te cuesta creértelo, pero es la pura verdad.

Hubo un instante de silencio. Luego, Mungo dijo:

—Lou, tienes exactamente diez segundos para hablar.

—Sobran los diez, porque no sé nada.

Impasible, Mungo consultó su reloj de pulsera. A los pocos instantes, hizo un gesto con la mano.

—Anda, Reggie.

El gigante se separó de la silla y caminó hacia el joven. Bell le observó con temor. Era muy capaz de arrancarle los miembros uno a uno y, lo peor de todo, disfrutarla haciéndolo.

De pronto, Fox lo agarró por los brazos a la altura de los codos y se los separó, poniéndolos horizontales, a la vez que empujaba hacia arriba. Bell se levantó a la fuerza.

Las manos de Fox se cerraron fuertemente sobre sus codos. Bell adivinó el siguiente movimiento: el colosal individuo tiraría hacia afuera, simultáneamente, y lo menos que podía pasarle era la dislocación de ambas articulaciones de los hombros.

Pero Bell no era un hombre pequeño, precisamente, aunque no podía compararse con Fox. Inesperadamente, dio un pequeño salto hacia arriba, abrió la boca y mordió con todas sus fuerzas la bulbosa nariz del coloso.

Apretó como si en ello le fuese la vida. Fox dejó escapar un horrible aullido y soltó sus brazos, para llevarse ambas manos al apéndice nasal, casi arrancado por el brutal mordisco. La sangre fluía a chorros entre sus dedos y el gigante se agitaba en medio de espantosas convulsiones causadas por un dolor indescriptible.

Bell decidió que no podía desaprovechar la ocasión. Alargando ambas manos, asestó un terrible empujón a Fox y lo lanzó contra Mungo, quien estaba paralizado por el asombro, sin entender todavía muy bien por qué aullaba y se retorció el esbirro. Fox cayó encima de él y los dos rodaron aparatosamente por el suelo.

Pero Bell no podía considerarse todavía a salvo. Aún quedaban los dos individuos que le habían capturado, que ya empezaban a reaccionar.

Atacó al primero y le arreó un tremendo puntapié en la entrepierna, haciéndole caer de espaldas, en medio de estridentes alaridos. Al volverse, vio que el otro sacaba una pistola y se arrojó sobre él.

Forcejearon durante unos segundos, Bell, con ambas manos en la

muñeca del hampón, procurando evitar el disparo del arma. Por un instante, la pistola estuvo a diez centímetros de su rostro, pero logró apartarla con un brusco tirón.

La pistola se disparó fragorosamente. Alguien lanzó un gemido.

Bell golpeó el rostro de su adversario, quien no parecía dispuesto a ceder. Entonces, perversamente, le metió el pulgar en un ojo.

Al otro lado había una escalera y la subió, salvando los peldaños de cuatro en cuatro. Al final, había un amplio vestíbulo, que atravesó con la velocidad del rayo.

Fuera divisó un coche. Corrió hacia el vehículo y, cuando ya lo alcanzaba, oyó gritos en la casa:

—¡Se escapa! ¡No le dejes que se vaya!

Estaba ya con la mano en la portezuela, cuando vio correr a un individuo, pistola en mano. Bell pensó en el chófer inmediatamente. Se había olvidado del sujeto.

El chófer le apuntó con el arma. Súbitamente, en medio de las tinieblas, brotaron varios fogonazos anaranjados.

Bell se agachó. El chófer gritó, manoteó un poco y se derrumbó al suelo. Bell se preguntó quién le había ayudado tan inesperadamente.

No hubo más disparos. Se sentó tras el volante y oyó una voz irritada en la puerta de la casa:

—¡Imbécil! ¡Te has equivocado! Ése no era Bell...

El joven ya no quiso seguir escuchando. Mungo debía de estar dándose a todos los diablos. Sus propios hombres se habían causado dos bajas. «Divertido, ¿eh?», murmuró para sí.

Aceleró a fondo. Alguien disparó una pistola. En una de las ventanillas laterales, se abrió un agujero en forma de estrella.

Pero Bell se perdía ya por el camino que se abría entre los árboles que rodeaban la casa. Cuando los hampones quisieron reaccionar, ya se había alejado lo suficiente para no temer nada de ellos.

Después de desayunar, se vistió de un modo informal y salió de su casa. Media hora más tarde, oprimía el timbre de llamada de una casa situada en medio de un pequeño jardín y de aspecto agradablemente anticuado.

Una mujer, de mediana edad, con vestido negro y cuello y puños

blancos, le miró inquisitivamente.

—Me llamo Lewis Bell —dijo el joven—. Por favor, anúnciame al profesor Denham.

—Enseguida, señor —contestó la sirvienta.

Bell entró en la casa y contempló unas valiosas reproducciones de cuadros de firma cara, colgadas de las paredes. El arte se respiraba en cada uno de los rincones del vestíbulo.

La criada apareció a los pocos instantes.

—El profesor le recibirá inmediatamente —dijo.

Bell avanzó y entró en un amplio cuarto de trabajo, con grandes estanterías repletas de libros, en el que se veía a un hombre de unos sesenta años, con cabellos blancos, en pie, junto a un enorme facistol, sobre el que había un gran libro de indudable antigüedad. El hombre sonrió al reconocer a su visitante.

—Bueno, de todas las visitas que podía recibir, la tuya es más sorprendente, Lou —dijo.

—Seguramente, porque no la esperaba, profesor —contestó el joven alegremente.

—Es cierto. Siéntate y dime qué te trae por mi casa mientras el ama de llaves prepara el té.

—Gracias, profesor. ¿Ha oído hablar usted del robo de un cuadro de Goya, suceso ocurrido muy recientemente?

—Sí —contestó Denham—. Ha hecho bastante ruido, sobre todo teniendo en cuenta la muerte del propietario.

—El muerto lo había robado. El auténtico dueño me ha encargado que lo recupere.

Denham miró al joven con curiosidad.

—¿A qué te dedicas ahora, Lou? Fuiste uno de mis alumnos más aventajados. Podías haber sido alguien en el arte, pero no he oído nada acerca de una exposición de tus obras.

—Hace años que tengo abandonados los pinceles, profesor. Quizá un día me decida a pintar de nuevo.

—Sería una lástima que no lo hicieras, Lou. Tienes condiciones para ello y eso es una cosa que la da Dios, aunque el hombre tiene que poner la constancia. No sé en qué trabajas actualmente... pero pinta, Lou, pinta.

Bell sonrió ante la vehemencia que mostraba su antiguo profesor de arte, eminente historiador y uno de los críticos más reputados.

—De acuerdo, volveré a ponerme ante el caballete, pero antes, dígame, por favor algo del cuadro robado.

—Lo único que sé es lo que han dicho los periódicos o los noticiarios de la televisión. Nunca había oído mencionar ese título entre las obras de Goya.

La sirvienta entró con la bandeja y la depositó sobre una mesa. Denham se levantó, fue a una de las estanterías y, después de buscar unos momentos, regresó con un pesado libro en las manos.

—El cuadro está fechado en 1801 —dijo, mientras Bell llenaba las tazas—. Aquí figuran todas las obras de Goya catalogadas, pero no apareció ninguna bajo el título de «Retrato de una amiga». Claro que pudo pintarlo y la tela escaparía más tarde al inventario.

—O es una falsificación.

—La falsificación se entiende cuando es referida a una obra ya realizada.

—Bueno, pero alguien ha podido pintar el cuadro con el estilo de Goya y tratar de hacerlo pasar como legítimo.

Denham se echó a reír.

—En tal caso, sería un artista casi tan bueno como Goya.

—Sí, pero el cuadro carecería de valor. Profesor, si lo encuentro, ¿qué haremos para saber si es o no auténtico?

—Tráelo a mi laboratorio de la Universidad. Una simple pasada por los rayos X será suficiente para decretar su autenticidad o su falsedad.

—A veces se hacen maravillas con las falsificaciones...

—La tela, por ejemplo, no es la misma que la de hace ciento setenta y ocho años, aunque se usen pigmentos idénticos y se los envejezca artificialmente. En tiempos del impresionismo francés, muy posterior a Goya, ya sabes, Manet, Gaughin, Degas y compañía, sí se hicieron infinidad de falsificaciones, pero casi al mismo tiempo que aquellos artistas pintaban los cuadros o muy poco después. Pero entonces habían pasado ya setenta u ochenta años y las telas y los pigmentos eran los mismos que utilizaban los pintores cuyas obras se falsificaban. El asunto era mucho más fácil, independientemente del arte del pintor que hacía un cuadro falso. En tiempos de Goya, puede decirse, no existían los fraudes.

—Tal vez una copia... —sugirió el joven.

—Es posible, y en tal caso, la decisión resultaría mucho más

difícil, porque el copista habría empleado materiales de principios del siglo XIX. De todas formas, no hay más que una solución.

—¿Cuál, profesor?

—Tráeme el cuadro.

Bell miró sonriendo a su interlocutor.

—Si lo encuentro, se lo traeré. Con una condición, profesor.

—Dime, Lou.

—Tendrá que pasarme minuta de honorarios. No quiero nada gratuito ni por simpatía. ¿Entendido?

—Trae el cuadro, es lo que interesa, Lou —respondió Denham firmemente.

Bell regresó a su casa y se encontró un mensaje grabado:

—Le llamaré a la una y media. Joyce Ottman.

El joven consultó su reloj. Eran las doce y media. Se preparó un poco de comida y luego se sentó a esperar.

Joyce fue puntual.

—¿Alguna noticia? —preguntó.

—Puede. ¿Qué sabe usted del cuadro?

—Le encargué a usted que lo buscase —se indignó ella.

—Espere, espere, no me suelte los perros tan pronto. No me he expresado bien. Lo que quería decir es qué sabe usted de la historia de ese cuadro en relación con su difunto tío.

—Ah... Bueno, siempre lo vi en su casa... Supongo que él lo compraría en algún viaje a Europa...

—¿No le dijo nunca su tío cómo había llegado el cuadro a su poder?

—No. Era poco comunicativo. Además, ello no me preocupó jamás.

—Comprendo. ¿Sabe si su tío tuvo relaciones digamos comerciales o financieras con Benny Schull?

—Creo que tuvieron algunos negocios en común, pero no sé apenas nada de esto. Oiga, ¿necesita estos datos para...?

—Todo detalle, aun el más ínfimo, puede tener una gran importancia en el momento adecuado —contestó Bell sentenciosamente—. Por otra parte, y le seré sincero, abrigo ciertas dudas acerca de la autenticidad de la tela.

Joyce pareció quedarse sin respiración.

—¡Imposible! —gritó.

—Le diré una cosa: en cuanto la haya recuperado, la llevaré a un verdadero experto, quien certificará la autentica autenticidad o falsedad del cuadro con tanta seguridad que, si no fuese por parecer exagerado, diría que emitirá su dictamen como si hubiese vivido en tiempos de Goya.

—Pero no puede ser... —protestó la joven—. El cuadro es auténtico.

—¿Se lo dijo su tío alguna vez?

—Bueno... en alguna ocasión mencionó el nombre de su autor, pero nada más... Y usted, ¿por qué sospecha que se trata de una falsificación?

—Hay varias razones que abonan tales sospechas. La primera de todas es que un hombre que roba un cuadro que vale, por lo menos, dos millones, no lo tiene así, tan a la vista, en el salón principal de la casa, de modo que todo el mundo pueda contemplarlo. El ladrón lo primero que hará será esconder la tela, ¿comprende?

—Sí. Eso quiere decir que...

—Schull tenía el cuadro colgado como si fuese uno que yo hubiera pintado la víspera. Pero, además, las medidas de seguridad eran risibles. Puede decirse que, prácticamente, no existían, y si uno tiene un cuadro de dos o tres millones y, además, se considera su propietario legítimo, lo protegerá con el máximo de eficacia posible. ¿Lo comprende ahora?

—Señor Bell, ¿y si el marco que usted vio vacío hubiese contenido una copia del original?

—¿Cree posible que la hayan hecho en dos meses?

—Merecería la pena tenerlo en cuenta, ¿no le parece?

—Está bien, es un factor que debemos considerar. Pero, según creo, su tío la trajo de Europa.

—Sí, eso dijo siempre. ¿O lo di yo por entendido?

—Podría ser, puesto que sabe que estuvo en Europa durante la guerra.

—Alguna vez me habló de sus andanzas por allí, en efecto, pero sin demasiados detalles.

—Quizá no le convenía ser muy explícito, señorita Ottman.

—¿Por qué?

—Corren ciertos rumores, nada agradables, acerca de lo que algunos denominan el tesoro del capitán Wishover. En pocas

palabras, aprovechando su cargo en la Policía Militar, su tío «recolectó» un montón de joyas y se las trajo al país cuando regresó. Parece ser que las autoridades militares investigaron, pero no sacaron nada en limpio. Su tío, por supuesto, se licenció, pero no fue con brillantes recomendaciones, desde luego.

—Me siento anonadada... Jamás hubiera supuesto una cosa semejante...

—Mis informes son excelentes y proceden de una fuente que rara vez se equivoca —dijo Bell—. Tal vez el cuadro formaba parte del botín del capitán Wishover.

—Pero no estuvo en España...

—Estuvo en Francia y en Alemania, y estuvo metido en la recuperación de obras de arte robadas por los nazis. Es un detalle que no debe dejar de tener presente.

—Sí, gracias, señor Bell —contestó Joyce, muy desanimada.

—Y además, hay otra cosa que aumenta mis sospechas sobre la autenticidad de la tela. Se lo explicaré más detalladamente en otro momento, pero no es corriente que una banda de hampones se interese por las obras de arte —dijo el joven, pensando en el jaleo de la víspera con Mungo y sus secuaces.

CAPÍTULO IV

La mujer era alta, muy elegante, de unos treinta y seis años y llena de atractivos de todas clases. Estaba parada delante de un cuadro y Bell, simulando no haberse fijado en ella, se puso a contemplar también el mismo cuadro.

—Horrible —dijo al cabo de unos momentos.

Ella pareció sorprenderse.

—¿Ésa es su opinión acerca de uno de los maestros de la pintura del siglo pasado, caballero?

Bell se volvió. Vestía con gran elegancia, traje oscuro, chaleco claro, sombrero de ala abarquillada, guantes y bastón con empuñadura de plata. Cortésmente, se descubrió y emitió una brillante sonrisa.

—Señora, el autor pudo ser un maestro, pero la pintura es espantosa —contestó.

—Yo opino todo lo contrario...

—Ahí, precisamente, está el quid de la cuestión: en la opinión personal. Señora, porque los demás digan que se trata de una gran obra, uno no está obligado a aceptar ese dictamen como si se tratase de un dogma de fe. A usted le gusta y a mí me parece horrible, eso es lo que se llama disparidad de criterios.

Ella sonrió.

—Visto así, tiene razón, señor...

—Oh, perdóneme, no me he presentado. Lewis Bell, a su servicio, señora.

—Soy Kathryn Vorsbaert —dijo la dama—. Señor Bell, usted parece entendido...

—Un poco. He estudiado historia del arte y pinto a ratos. Pero lo tomé más bien como un «*hobby*». En realidad, me dedico a los negocios.

—Ah... Señor Bell, puesto que se ha iniciado una pequeña

discusión acerca de esa tela, dígame, con sinceridad, ¿qué escribiría usted si fuese crítico de arte?

—¿Quiere una opinión sincera? —preguntó Bell—. Parece deducirse que está usted interesada en la adquisición del cuadro.

—Por el momento, me siento indecisa. Vamos, hágame la crítica.

—Trazo vigoroso, pero con falta de imaginación en el claroscuro. Influencias bien visibles de Goya, pero sin llegar siquiera a los peores imitadores del maestro. En resumen, para colgar en una pared, «hará bonito». Como obra de arte, deleznable.

—Me deja usted... aplastada —sonrió Kathryn—. Me gustaba tanto ese cuadro...

—Señora, mantenga su opinión contra viento y marea, si le gusta esa obra —dijo Bell solemnemente—. Uno debe ser firme en sus convicciones. Y, recuerde, lo que le he dicho no es más que una opinión, lógicamente sujeta a controversia.

—Yo diría mas bien el dictamen de un experto. Señor Bell, aunque nos hayamos conocido hace sólo unos minutos, ¿querría hacerme un favor?

El joven se inclinó galantemente.

—Será un placer, señora Vorsbaert —accedió.

—He... adquirido una tela últimamente... Por el momento, no le digo el nombre del autor ni de sus características, pero me agradaría que viniera a examinarla a mi casa. Mañana, por ejemplo, a la hora del almuerzo.

—Acudiré encantado, señora —prometió Bell.

Kathryn le tendió una mano.

—A las doce y media, por favor. Green Hill, High Mansión, allí resido —se despidió.

Bell la contempló alejarse, dándose leves tirones del labio inferior. Era una mujer muy hermosa y, lo mejor de todo, inmensamente rica.

¿Había conseguido el Goya? Se preguntó.

Saldría de dudas al día siguiente.

Se acodó en el mostrador con aire negligente y aguardó a que Ebhraddam hubiera despachado al chico con la cara llena de granos que había ido a venderle un equipo estereofónico.

—Se lo gastará en droga, como si lo viera —dijo el comerciante, con gesto pesimista.

—¿Tú crees?

Ebhraddam hizo una mueca.

—El equipo era suyo, no se lo habría comprado a la menor sospecha. Pero el dinero no le durará mucho.

—Sobre todo, considerando la «fortuna» que le has pagado —dijo Bell cáusticamente—. Salomón, ¿qué noticias tienes de Mungo y sus «boys»?

—Se oyen rumores por ahí. Uno muerto, otro gravemente herido y el mastín con tratamiento antirrábico.

—No me digas...

—Sí, le mordió un can... ¿adivina dónde?

—En una pantorrilla, supongo —sonrió el joven.

—¡No! ¡En la nariz!

Ebhraddam rompió a reír, hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Imagínate, Lou, Reggie dejándose morder por un can en la nariz... Estuvo a punto de arrancársela y, además del tratamiento antirrábico, anda con la cirugía estética. Lo que habría disfrutado yo si el maldito perro le hubiese dejado la cara lisa.

—Parece que Reggie no te cae simpático, ¿eh?

El comerciante lanzó una maldición.

—Hubo un tiempo en que se dedicaba a intimidar a los tipos decentes que no queríamos pagar «protección». Una vez, por poco sí me parte un brazo, Lou. Así que no me voy a echar a llorar por lo que le pasa ahora.

—Claro que no. En todo caso, le darías un buen hueso al perro que lo mordió.

—Si lo encontrase, desde luego. ¿Algo más, Lou?

—Sí. ¿Quién se cargó a Schull?

—¿No lo hizo Mungo?

—¿Crees que fue él?

—Para mí, sí... ¿Por qué piensas tú que no lo hizo?

—También anda buscando el cuadro robado, Salomón.

—Ah, eso ya es diferente —Ebhraddam meneó la cabeza—. Lo siento, Lou, no sé nada. Pero si me llegan rumores, te lo diré rápidamente.

—Gracias, Salomón.

—Al diez por ciento, Lou.

—¿Diez por ciento? —se extrañó Bell—. ¿De qué, muchacho?

—De lo que te paguen por la recuperación del cuadro. Yo no trabajo por amor al arte, aunque en estos momentos estemos tratando de una obra de ídem. ¿Entendido?

Bell suspiró.

—Salomón, buen amigo, merecerías llamarte Midas. Conviertes en oro todo lo que tocas.

—Menos los filetes con patatas fritas —rió el comerciante.

—Tendrás tu diez por ciento, pero avísame apenas tengas la menor noticia.

—Descuida.

Bell se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, vieja costumbre suya cuando estaba en un caso, oteó el panorama exterior. No había ningún sospechoso a la vista. Abrió la puerta y caminó por la acera hasta su coche, preguntándose qué podría hacer hasta el día siguiente, en que debía almorzar con la señora Vorsbaert. Al cabo de unos minutos se dio cuenta de que, contrariamente a lo que había supuesto en un principio, alguien le estaba siguiendo.

El automóvil era de color azul oscuro y aspecto más bien corriente. A través del retrovisor no veía gran cosa; no podía distinguir a la persona que conducía el vehículo. El tráfico era bastante intenso en aquellos momentos y decidió esperar un poco, hasta encontrar la ocasión precisa.

Rodó hacia el sur de la ciudad, sin mostrar demasiado apresuramiento. De repente, vio que la circulación había disminuido considerablemente y pisó el acelerador a fondo.

El coche saltó literalmente hacia adelante. El perseguidor se quedó muy atrás, aunque reaccionó enseguida. Bell, sin embargo, se dio cuenta de que podía despistarlo en cuanto se lo propusiera, pero, al mismo tiempo, sentía un vivo interés en conocer su identidad.

De pronto, vio una calle transversal, en la que sólo había solares y edificios destinados a almacenes. Viró ceñidamente, casi sobre dos ruedas, se metió por la calle y, en cuanto vio una puerta abierta, entró con el coche frenando en seco. Luego se apeó y corrió hacia la entrada, quedándose a un lado.

El coche perseguidor apareció instantes después. Bell respingó al ver a la persona que lo conducía.

—Pero ¿qué diablos hace esa loca? —masculló.

Joyce Ottman pasó por delante de él como una exhalación, sin verle. La muchacha, no obstante, frenó cincuenta metros más adelante, desconcertada por haberle perdido. Situado junto al portón, Bell pudo ver que ella se apeaba y miraba a su alrededor con ojos llenos de perplejidad.

Súbitamente, un tercer coche apareció y se detuvo con gran estridor de frenos junto a Joyce. Antes de que ella pudiera reaccionar, un individuo se acercó, pistola en mano, la agarró por un brazo y, tirando con fuerza, la hizo embarcar en el automóvil, que partió de inmediato como una exhalación.

Bell se quedó atónito durante unos segundos, pero no tardó en reaccionar. Subió a su coche, dio marcha atrás y partió a toda velocidad detrás del vehículo en que viajaba la joven.

—La han secuestrado, pero ¿por qué? —murmuró, cuando ya daba vista al otro coche.

Los raptos salieron de la ciudad. Bell se situó a la distancia suficiente para no ser advertido. Por el momento, Joyce no corría peligro. Pero, más adelante...

Bell detuvo el automóvil en la orilla del camino, en la parte más alta de una pendiente. Desde aquel punto divisó una casa aislada, en la falda de una loma con abundante arbolado. Joyce se apeaba en aquel momento, escoltada por dos individuos. El trío desapareció en el interior de la casa, situada a unos trescientos metros del lugar donde el joven se había detenido.

Inmediatamente, decidió averiguar lo que sucedía. Retrocedió un poco, sacó el coche fuera del camino, escondiéndolo al otro lado de unos arbustos, y luego, trotando en silencio, emprendió el descenso por la contrapendiente, buscando acercarse a la casa por el lado opuesto.

Veinte minutos más tarde, había conseguido el objetivo. La casa era ya antigua, aunque se hallaba en buen estado, si bien se advertía que el jardín que la rodeaba no había sido cuidado desde hacía mucho tiempo. Salvó la pequeña valla de madera que delimitaba la propiedad y avanzó con gran cautela hacia la puerta posterior.

Abrió lentamente. En el interior de la casa sonaban voces, algunas destempladas. Bell oyó a Joyce protestar enérgicamente.

Bruscamente, se oyó un sonido inconfundible, seguido de un

grito de dolor de la muchacha. «Menuda bofetada», pensó Bell.

Estaba en la cocina y avanzó hacia la puerta que comunicaba con el interior de la casa. Repentinamente, aquella puerta se abrió y un hombre entró.

Bell y el sujeto se sorprendieron enormemente. El otro abrió la boca, pero Bell reaccionó antes y le dirigió un venenoso golpe a la garganta, con la mano rígida como una tabla. El hombre gorgoteó, mientras se llevaba las dos manos al lugar afectado. Bell lo agarró por el pelo con la mano izquierda, tiró hacia sí, levantó el codo derecho y le aplastó los labios. El sujeto pateó frenéticamente.

Las manos de Bell se movieron simultáneamente y en sentido contrario, golpeando la base del cuello del individuo, quien cayó de rodillas, con los ojos extraviados. Bell remató la operación con un seco puñetazo en la sien de su adversario.

El hombre se desplomó inconsciente. Bell inspiró, con fuerza. El encuentro se había producido en absoluto silencio. Nadie parecía haberse dado cuenta de lo ocurrido.

Arrastró al desvanecido sujeto hasta un rincón y luego volvió a la puerta. De nuevo oyó el chasquido de otra bofetada.

—¡Les digo que no lo tengo...! —gritó Joyce—. Lo robaron dos días antes de la muerte de mi tío...

—Packy, hazle unas marcas en el pecho —dijo alguien con voz desprovista de entonación.

—Sí, jefe.

—Con la navaja no, idiota. Enciende un cigarrillo.

—Claro, claro, como usted ordene...

Bell avanzó unos pasos. De pronto, oyó ruido de ropas que se desgarraban. Joyce chilló agudamente, protestando de lo que consideraba una intolerable vejación. Alguien emitió un gruñido de protesta.

—Maldito encendedor...

Bell llegó a la puerta y abrió un poco. Desde allí, pudo divisar una singular escena.

Joyce estaba sentada en una silla, con un tipo a sus espaldas, sujetándola por los hombros. Frente a ella, en un butacón, se hallaba un individuo de enormes dimensiones, con el cráneo completamente afeitado y una sonrisa perversa en sus labios morcilludos. El sujeto vestía con gran elegancia y llevaba en la

corbata de seda un alfiler, con un diamante del tamaño de un garbanzo.

Otro sujeto más forcejeaba con un encendedor que parecía muy rebelde. Joyce tenía toda la parte delantera del vestido sobre el regazo y los senos quedaban al descubierto.

—Por última vez —dijo el del cráneo afeitado—. Hable, no me obligue a tomar medidas drásticas.

—Le digo que no lo sé. Robaron el cuadro...

—Y usted lo hizo recuperar y ahora lo tiene escondido. ¿Dónde está?

Bell se dijo que ya era hora de intervenir. Nadie se había dado cuenta de su presencia todavía. De pronto, el gordo lanzó una exclamación.

—¿Dónde diablos se ha metido Buddoe?

—No lo sé, jefe. ¿Quiere que vaya a ver? —se ofreció uno de los esbirros.

—No... Maldita sea, ¿es que no puedes encender ese condenado cigarrillo?

La mano de Bell se movió silenciosamente. A la derecha de la entrada había una mesita, con un gran jarrón encima. Lo agarró por el alto y delgado cuello y luego, tomando impulso, lo disparó con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO V

El jarrón voló por los aires y se estrelló contra el reluciente cráneo del jefe, con gran ruido de fragmentos rotos, que volaron por todas partes. El gordo dobló la cabeza y se quedó instantáneamente quieto en su sillón.

Los otros dos individuos se volvieron, terriblemente sobresaltados. Bell no perdió tiempo en actuar; agarró la mesita y se lanzó hacia adelante con enorme ímpetu.

El que estaba detrás de Joyce intentó sacar un arma. Bell le golpeó con la mesa en pleno rostro, derribándolo sin sentido. Luego, revolviéndose ferozmente, hizo girar el mueble y lo destrozó contra el tórax del sujeto llamado Packy.

Packy aulló y cayó de espaldas. Bel, agarró a la muchacha por una mano.

—Vamos.

Joyce no se hizo de rogar. Bell tiró de ella hacia la puerta delantera. Fuera había dos coches y se apropiaron de uno. Bell lo hizo arrancar instantáneamente.

El automóvil rugió y despidió gravilla al virar. Bell pisó el acelerador a fondo. Ella quiso hablar, pero el joven se lo impidió con un enérgico ademán.

—Luego —dijo lacónicamente.

En pocos minutos llegaron a la cúspide de la pendiente. Bell la remontó, pasó al otro lado y detuvo el coche.

—Espere aquí.

Joyce obedeció. Bell fue hacia su automóvil, lo sacó al camino y, rodando lentamente, lo situó delante del otro.

—Atraviéselo —ordenó.

La muchacha comprendió lo que se esperaba de ella y maniobró para dejar el vehículo completamente de través. Luego corrió hacia el coche de Bell.

—¿Cree que nos seguirán? —preguntó.

—Ya han salido de la casa —contestó él, a la vez que pisaba el acelerador.

Joyce se volvió en su asiento. En aquel momento, el otro coche asomaba por la cresta, rugiendo atronadoramente. El conductor vio el obstáculo inesperado y quiso evitarlo, pero ya era tarde.

Pisó el freno. Su coche se ladeó, osciló violentamente y acabó por volcar. Al terminar la voltereta, se estrelló contra el otro, con horrible estrépito de metal abollado y cristales rotos.

—Bueno, ahora ya estamos tranquilos —dijo Bell, satisfecho.

Joyce se relajó en su asiento.

—No me explico cómo pudo llegar tan oportunamente —exclamó—. Lo estaba pasando muy mal, ¿sabe?

—Sí. Todavía no se ha acordado de cubrirse el pecho.

Ella lanzó un gritito y se subió los destrozados restos de la blusa.

—Esos miserables... Querían quemarme los...

—Lo he oído. Hubiera sido una lástima, porque los tiene muy bonitos, pero también se lo habría merecido por meter su encantadora naricita donde no debía.

—¿A qué se refiere? —preguntó Joyce.

—Vamos, vamos, no se haga la tonta... Usted me siguió cuando yo salía de la tienda de compraventa de mi buen amigo Salomón Ebhraddam —dijo él.

—Lo admito, aunque usted me despistó...

—Porque no tiene experiencia. Pero ¿qué diablos pretendía al seguirme?

—Hombre... —Joyce se sonrojó—. Usted... tarda en darme información y yo...

—Está loca —gruñó Bell—. Asesinan a un hombre para robarle un valioso cuadro y usted cree que yo lo voy a encontrar con un simple chasquido de dedos. ¿Acaso cree que tengo la lámpara de Aladino?

—No, pero... Bueno, no me haga tantos reproches —se enfadó la joven—. A fin de cuentas, yo soy la que se llevó las bofetadas. ¿O no?

—Bien merecidas, por cierto. ¿Conoce al gordo que sigue la moda de Yul Brynner?

—No, nunca lo había visto en mi vida. Ni a los otros tampoco.

Pero es evidente que buscan el cuadro.

—Eso es muy cierto y puede resultar incómodo para lo sucesivo. Por si le interesa, le diré que de momento no tengo la menor pista.

—¿Habla en serio?

Bell lanzó una estentórea carcajada. Joyce le miró atónita.

—¿De qué se ríe?

—Puesto que no me cree cuando le digo que no tengo ninguna pista y me pregunta si lo digo en serio, le contestaré riendo. Así, tal vez llegue a creermelo.

Ella hizo un gesto de rabia, pero se le cayó la tela y sus senos quedaron nuevamente al descubierto durante un instante. Bell la miró oblicuamente y sonrió.

—Preciosos, verdaderamente preciosos. ¿Sabe que me están entrando ganas de perdonarle el resto de la recompensa que ha de pagarme cuando encuentre el cuadro?

—¿Sólo por verme el pecho desnudo?

—Por algo más. Me gustaría que posara para mi desnuda.

—¡Sinvergüenza! Pero ¿quién se ha creído que soy yo? —gritó Joyce.

—Una muchacha muy hermosa, con un cuerpo perfecto. La pintaría sobre un taburete, cubierto con un gran paño de color púrpura y una expresión un tanto melancólica, pero sonriendo levemente. El cuadro se titularía «Dulzura»... ¿No quiere ahorrarse treinta y cinco mil «pavos»?

—Prefiero pagárselos —contestó ella secamente.

—Lástima. Sería un cuadro maravilloso.

—No me diga que usted es capaz de...

—¿Por qué, si no, vino a buscarme para recobrar el Goya robado? El que la recomendó a usted conocía bien mis aptitudes. ¿O no se lo dijo cuando le dio informes sobre mí?

—Sí, claro, pero...

Bell palmeó la rodilla de la muchacha.

—Piénseselo, Joyce; merece la pena —sonrió.

Un cuarto de hora más tarde, Bell detenía el coche junto al de Joyce. Abrió la portezuela y la miró desde muy cerca.

—No vuelva a seguirme —dijo.

Ella hizo un gesto de resignación.

—De acuerdo. Y gracias por haberme rescatado de Yul Brynner y

sus chicos.

—Fue un placer —contestó él, a la vez que arrancaba.

Cuando llegó a su casa, sonaba el teléfono. Levantó el aparato y pronunció su nombre.

—Soy Salomón —dijo el que le llamaba—. ¿De acuerdo en el diez por ciento, muchacho?

—Totalmente —contestó Bell—. Desembucha.

—Parkinstone Drive, cinco mil quinientos uno. Se llama Evans Rydell.

—¿Quién es ese tipo?

—Se dedica a lo mismo que tú, aunque es mucho más desaprensivo. A veces ha dicho que no consiguió su objetivo, pero, en realidad, se quedó con lo que debía recuperar, para venderlo por su cuenta.

—Entiendo. ¿Peligroso?

—Bastante, pero más lo es su socio Homer Deene. Éste tiene siempre una pistola-pluma bajo la manga de su chaqueta.

—Un truco muy sucio, tú.

—Sí, son cosas de la vida. Bueno, ya me dirás...

—¡Aguarda un momento! —exclamó Bell—. Salomón, tendrá unos cincuenta años, es muy gordo y tiene la cabeza completamente afeitada. ¿Lo conoces?

—¡Jesús me valga! —Se espantó Ebhraddam.

—¿Qué dices? —preguntó el joven.

—Lou, si quieres un buen consejo, apártate de ese hombre. Es la peste negra, las diez plagas de Egipto en una sola, la muerte en cien kilos de grasa, un nidal de cobras, un...

—Basta, no sigas; demasiado me doy cuenta de que es peligroso. ¿Cómo se llama?

—Nico Dussy y es peor que una manada de cocodrilos hambrientos. Olvídalo, vete del país, cambia de nombre... No, mejor, cambia de sexo...

—¡Y un cuerno! —Gruñó el joven—. Me encuentro muy a gusto siendo macho. ¿Dónde puedo encontrarlo, si necesito de sus «servicios»?

—Rezaré por la salvación de tu alma, ya que el cuerpo está perdido —dijo Ebhraddam lúgubrementemente—. Su cuartel general está en el «Osiris». ¿Conoces ese antro?

—Sólo de oídas. Gracias, Salomón, pero no será necesario que envíes flores a mi tumba. En todo caso, reserva tus oraciones para Dussy.

Colgó el teléfono y se fue a la ducha. Luego se cambió de ropa, tomó un par de tazas de café y, sin perder un segundo más, salió de nuevo a la calle.

Media hora más tarde se encontraba ante la residencia de su competidor. Era una casa baja, de modesta apariencia, rodeada por un pequeño jardín. Allí vivía el hombre que, probablemente, tenía el cuadro robado.

Cruzó el jardín, llegó ante la puerta y tocó el timbre. Nadie contestó a sus llamadas.

Al cabo de unos segundos, se decidió a entrar. Ya anochecía y el lugar estaba a oscuras. Tanteó el pomo y luego sacó una serie de ganzúas, una de las cuales dio resultados satisfactorios segundos más tarde.

El interior de la casa se hallaba en completo silencio. Bell se arriesgó a encender las luces. Entonces supo que ya no podría hablar con Rydell.

—A menos que sea Deene —murmuró, mientras contemplaba al hombre caído en el suelo, con una inequívoca mancha de sangre en el centro de la camisa azul pálido.

Arrodillándose, rozó la manga derecha de su chaqueta. Debajo no había nada.

—Entonces, es... «era» Rydell —dijo a media voz.

La sangre estaba casi seca. Rydell debía de haber muerto una hora antes, calculó.

Al cabo de unos segundos, se enderezó. La casa había sido registrada, pero con bastante tranquilidad, apreció, según se podía ver por las cosas situadas en su sitio, aunque sin demasiado cuidado. Se preguntó si el asesino habría dado con el cuadro robado.

Allí ya no tenía nada que hacer. Discretamente, tal como había llegado, retrocedió hasta la puerta, procurando borrar sus huellas dactilares. Salió, volvió a su coche y regresó a su casa. Sentíase bastante cansado y no tenía ganas de continuar moviéndose durante el resto del día.

—Mañana...

CAPÍTULO VI

Vestido con gran elegancia, acudió a mediodía a la lujosa residencia de Kathryn Vorsbaert, siendo recibido por una agraciada doncella, que le condujo de inmediato a presencia de la dueña de la casa.

Kathryn estaba muy atractiva, vestida con una túnica de color rosa fuerte, con orlas en negro y oro. Tendió una mano al invitado y éste, audaz, besó mucho más arriba, casi en el hueco del codo. Ella rió suavemente.

—No sea osado, amigo mío —dijo con blando acento.

—Es sólo la expresión de mi admiración por la mejor obra de arte que hay en esta casa —sonrió Bell.

—En todo caso, con cierta antigüedad, señor Bell.

—Llámeme Lou, y rechazó tajantemente la palabra antigüedad. Es una obra recién salida de las manos de su creador.

—Es usted encantador, Lou —dijo Kathryn—. ¿Quiere tomar una copa, mientras nos sirven el almuerzo?

—Con mucho gusto.

La casa rebosaba lujo. En el gran salón, Bell vio dos cuadros de indudable valor. Luego, Kathryn le condujo hasta otro cuadro, situado en lugar preferente.

Era relativamente pequeño y el Charco desentonaba. La pintura representaba a una mujer de unos treinta y cinco años, vestida a la moda española de finales del siglo XVIII. Estaba junto a una ventana y, al fondo, se divisaba el campanario de una pequeña ermita.

—Ésta es la pintura que quería mostrarle, Lou —dijo ella.

Bell guardó silencio durante unos momentos, simulando contemplar el cuadro. La cabeza le daba vueltas.

Había sido ridículamente fácil.

AHI

estaba la pintura robada.

¿Cómo había llegado a poder de Kathryn?

—Adivino lo que piensa —dijo ella—. Se está preguntando cómo es posible que un cuadro de Goya esté en mi poder.

Bell se volvió hacia la dueña de la casa.

—Si la pintura es auténtica, no tiene precio —sonrió.

—He pagado medio millón —contestó Kathryn.

—Es una ganga.

—¿Usted cree?

—Si yo tuviese dinero, le ofrecería en el acto cuatro veces más. Y luego la vendería con un millón de ganancia.

Kathryn soltó una risita.

—Lo que acabo de oír me llena de satisfacción. Ya no me cabe la menor duda de que es una pintura auténtica —dijo.

Se colgó de su brazo y le miró ardientemente.

—Pero no voy a decirle la forma en que lo conseguí —agregó.

—Hay cosas que un hombre discreto no pregunta jamás, señora.

—Llámeme Kate, Lou.

La doncella apareció en aquel momento.

—Señora, la mesa está servida —anunció.

—Gracias, Anita. Eso es todo por hoy.

—Bien, señora.

Bell apreció que la sirvienta estaba con ropas de calle.

—¿Se marcha? —preguntó.

—Es su día libre —sonrió Kathryn.

Pasaron a un saloncito íntimo, donde había una mesa muy bien provista de fiambres y otros manjares fríos. Bell descorchó el champaña y llenó dos copas.

—Por Goya, lamentando que no esté vivo, para retratarla a usted —dijo alzando su copa.

Tomó un sorbo y luego, audazmente, rodeó con sus brazos la cintura de Kathryn.

—Pero yo sí estoy vivo —agregó con ardoroso acento.

—Lou, es hora de almorzar —dijo ella lánguidamente.

—He perdido el apetito por completo.

Bell buscó los labios de la mujer. Kathryn no opuso la menor resistencia.

—Dije mal —habló él, pasados unos segundos—. La realidad es que quiero comer... comerte viva.

—Lou, por favor...

Las protestas de la señora Vorsbaert eran pura fórmula. Estaba deseando rendirse, adivinó Bell. Y no perdió mucho tiempo en asaltar la plaza que se le ofrecía con tanta facilidad.

—No acabo de creérmelo —dijo ella, pasada una hora larga, en la agradable penumbra del dormitorio.

Bell encendió un cigarrillo y se quedó sentado en la cama.

—¿Qué es lo que no acabas de creerte? —preguntó.

—El Goya, querido. Es mío, ¿sabes? Siempre deseé tener un cuadro de ese maravilloso pintor...

—Eres una mujer afortunada. ¿De modo que pagaste medio millón?

—Sí, en efectivo.

Bell respingó.

—¿Quieres decir en dinero contante y sonante?

—Exacto, Lou.

—Bueno, el dinero se cuenta, pero ya no suena... Madre, medio millón... ¿Hay en el mundo tanto dinero?

Kathryn, halagada, se echó a reír.

—El difunto señor Vorsbaert me dejó muy bien «provista» —manifestó—. Siempre he pensado que uno debe disfrutar de los caprichos que puede proporcionarse, aunque hubo un tiempo en que no hubiera podido comprar un mísero calendario de pared.

—¿Dé veras? No me lo creo...

—Pues puedes creértelo. Hace seis años, yo tenía que ganarme la vida de una forma poco agradable. ¿Has oído hablar del «Osiris» en alguna ocasión?

Bell trató de ocultar la sorpresa que le producían aquellas palabras.

—Me suena —dijo evasivamente.

—Yo vendía cigarrillos entre las mesas. Y luego, en ocasiones... Bueno, imagínatelo.

—Ahora eres toda una dama, Kate.

—Hendriik Vorsbaert se fijó en mí y a las pocas semanas, me pidió que me casara con él. Murió el año pasado. Era un hombre magnífico. Yo le quería mucho. Pero, en ocasiones... una no puede resistirse... La naturaleza, ¿sabes?

—Hay que darle al cuerpo lo que le pide —sonrió Bell.

Kathryn frunció el ceño.

—Lo pasé muy mal en el «Osiris». El dueño es un negrero. A veces, hacía azotar a las chicas.

—No me digas, Kate...

—Como lo oyes. Nico Dussy es un sádico, un hombre perverso por naturaleza... ¿Sabes que no quería dejarme casar con Hendriik?

—¿Te consideraba su esclava?

—Había un contrato, pero Hendriik se lo compró, así como suena. Luego, hace cosa de un año, a poco de quedarme viuda, ese hombre quiso hacerme chantaje, tratando de sacar mi pasado a relucir.

—¿Qué hiciste tú?

—Bien, lo más sencillo. Envié una carta a los periódicos, diciendo que había trabajado en el «Osiris», pero que ahora era una mujer honesta. A Dussy le envié una copia de la carta. Fue suficiente.

—Pero la noticia se divulgaría...

—Los directores de los tres diarios habían sido buenos amigos de mi difunto esposo y ninguno de ellos publicó nada sobre el particular. Uno de esos directores, en cambio, publicó una serie de reportajes sobre el «Osiris», lo que motivó la intervención de la Policía. Dussy se vio en muy serios apuros, aunque, al fin, consiguió salir libre de todos los cargos. Y ya no ha vuelto a molestarme.

—Estupendo —dijo Bell—. Oye, ¿quién te vendió el cuadro?

Kathryn le dio un cariñoso papirotazo en la nariz.

—No hagas preguntas capciosas —repuso.

—Dispensa, era sólo curiosidad... aunque no es frecuente que el pago de una mercancía tan valiosa se haga en efectivo.

—El... agente lo exigió así y me pareció bien. Si él quería el dinero en billetes, será asunto suyo, me parece. Y, hablando de otra cosa, ¿se te ha pasado ya el apetito?

Bell miró a la hermosa mujer que estaba a su lado. Kathryn, sonriendo incitantemente, bajó la sábana que cubría su cuerpo lleno de atractivos.

—¿Tomamos el postre, Lou?

Atardecía ya cuando Bell empezó a vestirse. Mientras se abotonaba la camisa, se volvió hacia Kathryn.

—Dispensa una pregunta, aunque sea impertinente. Estuviste

trabajando en el «Osiris», pero eres una mujer cultivada. No son dos cosas incompatibles, aunque sí poco frecuentes. ¿Cómo...?

Ella soltó una risita.

—Es la consecuencia de los tiempos modernos. Sobran muchos titulados y yo me licencié en Bellas Artes. Pero no encontraba trabajo, alguien me dijo que yo misma era una obra de arte y... Bien, imagínate el resto, hasta que me encontró el señor Vorsbaert.

—Gracias por haber satisfecho mi curiosidad. Un consejo, Kate: guarda el cuadro.

—No te preocupes, está perfectamente protegido por el sistema general de alarmas y otro especial para él —contestó Kathryn—. El especial funcionará siempre, en cualquier circunstancia, aunque se agotase toda la energía eléctrica del país.

«Baterías eléctricas», pensó Bell. Se inclinó, dio el último beso a la dueña de la casa y se encaminó hacia la puerta. —Eh, te marchas sin probar bocado— exclamó Kathryn. Bell se volvió desde la puerta y sonrió.

—Después de haber estado contigo, la palabra comer me resulta despreciable —contestó.

En su casa, levantó el teléfono y marcó un número. —Ebhraddam— le contestaron.

—Salomón, estuve en casa de Rydell.

—¿Qué te dijo?

—Nada.

—¿No quiso hablar?

—No podía.

—Estaría afónico —rió Ebhraddam.

—Lo dejaron afónico para siempre.

—¡Jesús, qué cosas pasan!

—Salomón, si te haces pasar por judío, no pronuncies ese nombre —dijo el joven severamente.

—Dispensa, la costumbre... ¿De qué murió, Lou?

—Alguien hizo «pum» y falleció.

—Sólo con el ruido no se muere la gente, tú —gruñó Ebhraddam, amoscado.

—No seas tonto; le pegaron un tiro.

—Ah, eso ya es diferente.

—Pero, en cambio, tengo noticias del cuadro.

—¡Fantástico! ¿Dónde está?

—Poco a poco, no te entusiasmes. A fin de cuentas, vas a cobrar sólo cinco mil «pavos».

—Bueno, es un dinero, ¿no? Dime, ¿lo has visto?

—Me niego a contestarte por ahora, Salomón. Sin embargo, tú sí puedes decirme una cosa. Necesito un superexperto en alarmas.

—¡Caramba, Lou, tú mismo sabes mucho sobre el asunto! —se extrañó el comerciante.

—Sí, pero no me fió de mis conocimientos. Repito: un superexperto, porque es una alarma muy especial.

Ebhraddam se puso a pensar.

—Creo que ya está —dijo, al cabo—. Se llama Flora Harmon, pero te cobraré caro.

—¿Una mujer?

—Machista —le apostrofó Ebhraddam—. En estos tiempos en que las mujeres van a la Luna, ¿te asombras de que una mujer pueda hacer lo que tú no puedes?

—Está bien —rezongó Bell—. ¿Dónde puedo encontrarla, viejo zorro?

—En el «Osiris».

Bell soltó una interjección.

—Salomón, si pretendes burlarte de mí...

—Hablo en serio. Flora es jefe de luminotecnia. Sabe más de electrónica que una docena de ingenieros de la

NASA

juntos.

—Entonces, ¿por qué trabaja en ese antro?

—Porque le pagan bien. Además, el «Osiris» tiene un espectáculo de luz y sonido. Flora cuida de que todo vaya correctamente.

—Entonces, no querrá...

—Ah, eso ya es cosa tuya. Tú me has pedido un superexperto y yo te doy la respuesta. Adiós.

Bell colgó el teléfono y juntó las manos unos momentos. No le gustaba la perspectiva.

Flora Harmon trabajaba en el «Osiris». Pero el local era propiedad de Nico Dussy. Era razonable suponer que Flora fuese leal a su patrón. Si se confiaba a ella y luego ella se lo repetía a Dussy...

De pronto, se le ocurrió una idea. No la llevaría a casa de Kathryn, sino que le haría preguntas sobre sistemas de alarma.

Además, confiaba en su atractivo personal para conseguir la discreción de Flora Harmon.

CAPÍTULO VII

El escenario era un gran semicírculo, en el que una docena de mujeres bailaban una singular danza, con montones de plumas en las manos, las cuales tomaban distintas tonalidades, a medida que cambiaban los colores de la iluminación. Una melodía vagamente africana inundaba la sala desde todos los rincones. Era, realmente, un espectáculo lleno de atractivos.

Frente al escenario, Bell divisó un saledizo elevado, en forma de caseta, con algunos agujeros cuadrados. Debía ser el puesto de mando de Flora, desde el cual controlaba la iluminación y la música.

El ritmo de las danzarinas se hizo frenético. Las luces cambiaban con enorme velocidad. Luego, el número alcanzó su clímax y la música y las luces cesaron de pronto, dejando a la sala sumida en una total oscuridad durante algunos segundos.

Las luces del techo se encendieron. El público aplaudió calurosamente, desde sus palcos y desde las mesas que había en la enorme sala. Las bailarinas se retiraron y salió un ventrílocuo con sus muñecos.

Bell decidió ponerse en movimiento. Se levantó de la mesa que ocupaba desde hacía media hora y avanzó hacia la salida. Cruzó la puerta, llegó al vestíbulo y viró hacia la escalera de peldaños metálicos que conducía al piso superior.

La escalera finalizaba en una plataforma. Había allí una puertecita metálica y tocó con los nudillos. Alguien abrió instantes después.

—Lo siento —dijo la mujer—. No se puede pasar.

Bell adelantó el pie derecho y bloqueó la puerta.

—Deseo hablar con usted, señora Harmon —manifestó.

Ella le miró con curiosidad. Bell añadió:

—Una consulta profesional. Estoy dispuesto a pagar mil dólares

como honorarios por su asesoramiento. ¿Le parece bien?

Flora vaciló. Era una mujer de unos treinta años, de rostro adusto, pero no feo, y cuerpo abundante en curvas, en aquellos momentos enfundado en un pantalón de peto. Tenía el pelo revuelto y se lo echó hacia atrás con un ademán brusco.

—Termino a las tres —contestó—. Aguárdeme en la salida de artistas, señor...

Bell sonrió.

—Le diré mi nombre a las tres, señora Harmon —contestó, evasivo.

—Soy soltera —apuntó ella.

—Entonces, Flora.

La mujer dulcificó su gesto.

—O.K., muchacho.

Cerró la puerta y Bell emprendió el descenso. Cuando llegaba al vestíbulo, vio entrar a dos hombres que flanqueaban a un tercero.

Se volvió en el acto, simulando disponerse a encender un cigarrillo. Los dos sujetos habían estado en la casa a la cual había sido conducida Joyce después de su secuestro. Al tercero no le conocía, pero le bastó ver su rostro lívido para darse cuenta de que no iba allí por su gusto, precisamente.

Dejó que el trío se adelantase y luego lo siguió por un corredor curvo, hasta ver que se detenían ante una puerta, que alguien abrió instantes más tarde. Los tres hombres desaparecieron de su vista.

Bell dudó un momento. Luego consultó su reloj. Eran las doce de la noche. Tenía tres horas de tiempo muerto.

Paso a paso, avanzó hacia la puerta. Pegó el oído, pero no consiguió escuchar nada. Entonces, decidido a arriesgarse, asió el pomo y lo hizo girar muy lentamente.

Abrió una minúscula rendija, no más ancha de un centímetro. En el mismo instante, oyó un fuerte chasquido.

Era más que una bofetada. Alguien había usado un recio cinturón de cuero y el grito de dolor como respuesta sonó instantáneamente.

—Deene, no me hagas perder la paciencia —dijo alguien, por cuya voz Bell identificó al gordo de la cabeza afeitada—. Esto ha sido sólo una prueba pequeña de lo que podemos hacer contigo. Pero podemos cortarte en pedacitos, si te muestras reacio a

contestar. ¿Lo has entendido?

—¡Demonios, yo no sé...!

Sonó un segundo chasquido. Alguien tapó la boca al prisionero y el aullido quedó sofocado.

Era, sin duda, Homer Deene, el socio del asesinado Rydell. Dussy tenía un buen servicio de información, pensó Bell.

—Podemos seguir así hasta que se gaste el cinturón —dijo Dussy—. ¿Arriesgas el tercer latigazo, Deene?

—Espera un momento... —la voz del prisionero sonaba jadeante, insegura—. Déjame respirar al menos, hombre.

Bell se atrevió a asomar la cabeza, pero no vio nada. Asombrado, divisó una pared oscura a tres pasos de la puerta. Enseguida, sin embargo, supo de qué se trataba.

Era una especie de biombo fijo, situado ante la puerta como una proyección para miradas indiscretas o para situar allí a algún esbirro, que pudiera escuchar sin ser visto. El biombo llegaba casi hasta el techo y Bell dio un paso en el interior y se acercó a uno de los bordes laterales.

Asomó un ojo. Deene estaba sujeto por los brazos por dos de los secuaces de Dussy, de espaldas a la mesa tras la cual se hallaba éste, y con la chaqueta alzada por encima de los hombros y cubriéndole la cabeza. Otro esbirro estaba al lado del prisionero, con un cinturón de cuero en la mano derecha.

La camisa de Deene aparecía rasgada por los latigazos.

Dussy, sentado plácidamente en un butacón, fumaba un cigarro largo y delgado. Bell sonrió para sí al verle el cráneo cubierto por un aparatoso vendaje, que tenía toda la apariencia de un turbante hindú.

—Te soltaré un minuto solamente —dijo Dussy—. Pero no te daré más tiempo para que medites la respuesta que quiero. ¿Está claro?

—O.K. —suspiró Deene.

—Vamos, soltadle.

El prisionero se echó la chaqueta hacia atrás y se arregló un poco el revuelto cabello. Luego, de pronto, alargó el brazo derecho.

Junto a la palma de la mano derecha brotó un pequeño fogonazo, seguido de un estampido. El rufián que le había azotado soltó el cinturón y se llevó las dos manos al estómago, a la vez que

soltaba un terrible alarido.

Los otros se quedaron estupefactos. Bell adivinó que desconocían el truco de la pistola-pluma escondida en la manga. Aprovechando el desconcierto producido, Deene saltó hacia el herido y metió la mano en el interior de su chaqueta.

Cuando la sacó, tenía un revólver. Dussy rugía y blasfemaba obscenamente, pero cuando vio que el arma le apuntaba, se tiró con indescriptible rapidez debajo de la mesa. Los otros dos sicarios aún no habían reaccionado.

—No os mováis —amenazó Deene torvamente—. Un solo gesto y os estampo los sesos contra el techo. ¡Dussy, levántate! —tronó.

—Espera, Deene, vamos a hablar como buenos amigos...

—¡Levántate o te acibillo ahora mismo! —rugió Deene—. La mesa no es suficiente protección, ¿entiendes?

Dussy apareció, con las temblorosas manos en alto. Tenía la cara gris y le caían chorros de sudor por las grasientas mejillas.

—¿Qué... qué quieres? —preguntó.

—¿Qué quiero? —repitió Deene, que parecía enloquecido de furor—. Lo vas a ver ahora mismo. ¡Packy, coge ese cinturón! ¡Dussy, cerdo asqueroso, saco de grasa, sal ahora mismo y quítate toda la ropa, desde la cintura para arriba!

—No, Homer, por lo que más quieras...

Deene estaba fuera de sí. Acercándose a Packy, le puso el revólver en la sien.

—Vas a azotar a tu jefe y lo harás, hasta que yo diga basta, o te haré saltar la cabeza en mil pedazos. ¿Has oído?

El otro intentó moverse, como si fuese a sacar un arma. Deene se revolvió y le pegó un tiro en el hombro derecho, lanzándolo contra el suelo.

—Eso, para que veas que no bromeo. Nico, por todos los diablos, ¿te quitas la ropa o te la saco yo a balazos?

Dussy se dio cuenta de que el sujeto estaba poco menos que enloquecido y se apresuró a quitarse la chaqueta y la camisa, quedando solamente con una camiseta de tirantes. Deene movió el arma.

—Fuera de la mesa —ordenó—. Luego te apoyas en el borde con tus dos patatas delanteras.

Dussy bramaba de ira.

—Me las pagarás, juro que me las pagarás, Homer. Nadie me hace una cosa semejante y luego se va como si no hubiera pasado nada.

Pero obedeció y se inclinó sobre la mesa. Deene arreó un puntapié al esbirro.

—¡Pega, y pega fuerte, porque es tu maldita cabezota la que está en juego!

Bell lo contemplaba todo, sin que, hasta el momento, nadie se hubiera apercebido de su presencia. Empezaba a pensar que era un rato de diversión como pocos había tenido hasta entonces, pero también se dijo que si tenía algún encuentro con Deene, debería andarse con mucho cuidado. El sujeto era tan peligroso como Dussy y sus esbirros juntos.

El cinturón chasqueó y Dussy dio un salto ridículo. Deene aulló.

—Más, más...

Packy hizo ondear el látigo y lo estrelló contra la carnosa espalda de su jefe, que lanzó un atroz chillido. Deene movía la mano como si fuese él quien azotaba a Dussy.

—Lo tengo yo, sí —dijo Deene, al cabo de cinco o seis golpes—. Lo tengo yo y no verás ni una esquina rota siquiera, ¿me has entendido?

De pronto, extendió la mano izquierda.

—¡Basta! ¡Dame el cinturón!

Packy obedeció, mientras Dussy se dejaba caer al suelo, gimiendo y sollozando como un chiquillo. Deene se cambió el revólver de mano, enrolló el cinturón en la derecha y luego, inopinadamente, golpeó con la hebilla el rostro de Packy.

Se oyó un grito inhumano. El hampón cayó de rodillas, con la cara completamente ensangrentada. Deene aneó otro latigazo a Dussy y luego le tiró el cinturón a la cara.

—No te atrevas a tocarme otra vez o te enviaré al infierno —dijo como despedida.

Bell se había escabullido ya. Allí no tenía nada que hacer y no quería situarse en el camino del enfurecido socio de Rydell. Deene tenía un arma y, en las condiciones en que se encontraba, era muy capaz de soltarle un tiro al primero con quien se topase.

Buscó un refugio discreto y dejó que Deene saliese a la calle. Ya le encontraría en mejor ocasión y procuraría que todas las ventajas

estuviesen de su parte.

Al cabo de un rato, salió a la calle. Había una cafetería en la esquina y decidió aguardar la hora concertada con Flora Harmon. Dio unos cuantos pasos y, de pronto, un pequeño grupo de hombres le obligó a detenerse bruscamente.

—Bueno, tenía ganas de encontrarme otra vez contigo —dijo Tom Mungo, con una perversa sonrisa en su rostro nada agradable.

El gigantesco Reggie Fox estaba detrás de Mungo, con la nariz cubierta por una especie de caperuza, atada por detrás con unas cintas. Los ojos del sujeto brillaban demoníacamente. Estaba ansioso de vengarse, adivinó Bell.

—Lou, si no armas jaleo, vendrás con nosotros pacíficamente y no te pasará nada —añadió Mungo—. Ya ves, incluso Reggie está dispuesto a perdonarte el mordisco... Porque yo se lo he pedido, naturalmente. Pero si le suelto, no respondo de lo que pueda hacer contigo. ¿Me has oído?

Un coche negro y largo se acercó, rodando silenciosamente. Bell miró de reojo el vehículo.

—¿Ahí? —murmuró.

—Sí, ahí.

En aquel instante, una mujer se acercó al grupo, taconeando vivamente. De súbito, empezó a chillar:

—¡Socorro! ¡Policía! Socorro, que me violan... Bandidos, canallas... ¡Asesinos! ¿No hay quien ayude a una pobre mujer en peligro de ser violada?

Mungo y sus esbirros se sobresaltaron terriblemente. Bell decidió aprovechar la ocasión y, saltando hacia arriba, estrelló el puño derecho contra la nariz del gigante.

Reggie emitió un bramido de fiera herida y cayó de rodillas. Bell alargó la pierna por detrás y golpeó de tacón la ingle de Mungo, haciéndolo caer de espaldas. Una mano tiró de él con fuerza.

—Vamos, estúpido, no te entretengas...

Estupefacto, Bell se dejó llevar hasta un coche situado en las inmediaciones. La mujer supuestamente atacada entró en el automóvil y accionó la llave de contacto.

—Lou, ¿a qué esperas?

Mungo y sus secuaces empezaban a reaccionar. Bell entró en el coche, que arrancó de inmediato, doblando sobre dos ruedas la

esquina más próxima. Todavía no había salido de su asombro.

—Señora, ¿quién es usted?

Ella se echó a reír. Era pelirroja y tenía una cabellera enorme, rizada, pero, de pronto, se la arrancó de un tirón y dejó al descubierto un precioso pelo negro.

—¡Atiza! ¡Es Joyce! —exclamó Bell.

—La misma —dijo ella—. Te he salvado de un buen lío, ¿verdad?

—No puedo quejarme, pero ¿qué demonios haces por aquí?

—Fui a verte a tu casa y vi que salías. Se me ocurrió seguirte, eso es todo.

—¿Así, disfrazada de golfa?

—Después de haber hablado contigo, estaba invitada a una fiesta. A veces me pongo la peluca roja. Verme siempre el pelo negro cansa un poco, ¿no te parece?

—Depende de los puntos de vista. ¿Tenías algo importante que decirme, Joyce?

—Sí. He averiguado quién robó el cuadro a Schull. Se llama Evans Rydell.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo dijo mi abogado, quien ha estado haciendo gestiones por su cuenta, como seguramente recordarás. Lo que no pude es averiguar dónde vive el tal Rydell.

—Ve a la «morgue»; allí lo encontrarás.

Joyce se volvió.

—Bromeas, Lou.

—Hablo en serio. Lo he visto hoy, con un balazo en el pecho.

—Entonces, tú, por tu cuenta...

—Sí, encanto. Y todavía hay más: sé dónde está el cuadro.

—¡Dímelo, pronto! —gritó ella excitadamente.

Bell alargó la mano izquierda y cerró el encendido.

—Para aquí —dijo—. Sé dónde está el cuadro, pero no te lo daré hasta que lo tenga en mi poder. Mejor dicho, hasta que haya comprobado si es o no un auténtico Goya.

Joyce se enfureció.

—El cuadro me pertenece. Puedo demostrarlo documentalmente —protestó.

—De acuerdo, pero ¿no te gustaría recibirlo, acompañado del

testimonio de un verdadero experto? Si resulta que el cuadro es auténtico, te habrás encontrado con un tesoro.

—¿Dudas de que sea un verdadero Goya? —preguntó Joyce, vacilante.

—«Retrato de una amiga» no figura en ningún catálogo de las obras del pintor. Puede que Goya lo pintase realmente, pero también cabe la posibilidad de que se trate de la obra de un discípulo. Lo sabré en cuanto tenga el cuadro. Y tú, inmediatamente, claro.

—Bueno, pero, al menos, dime dónde está...

—A ti te interesa solamente la recuperación de la obra de arte, nada más.

Bell se apeó del coche y se inclinó para mirarla.

—Siento tener que dejarte, pero tengo una cita —añadió.

—¿Con una mujer, supongo?

—Con un ingeniero.

—¡Un ingeniero! —resopló Joyce—. ¿Qué pinta un ingeniero en un cuadro de Goya?

—Ese ingeniero, que yo sepa, no pinta, aunque sí es un artista en otro sentido. Buenas noches, muñeca.

Joyce se mordió los labios. Bell se alejaba, con las manos en los bolsillos, silbando alegremente. Estuvo tentada de seguirle otra vez, pero se lo pensó mejor y desistió.

Mientras regresaba a su casa, se preguntó qué papel podía tener el ingeniero en relación con el cuadro robado.

CAPÍTULO VIII

Flora Harmon salió del edificio y divisó a Bell, que la aguardaba a poca distancia.

—En mi casa —dijo ella bruscamente.

—Muy bien. Tengo el coche preparado aquí cerca —contestó Bell.

Flora caminó a largas zancadas, hombrunamente. Parecía tener mal humor crónico.

Entraron en el coche y media hora más tarde, estaban en el apartamento de Flora. Ella se quitó la chaqueta y los pantalones en la sala.

—Voy a bañarme. Hablaremos en el baño.

—Pero...

—¿Qué, te asusta ver a una mujer desnuda?

—Hombre, no, pero...

Flora iba quitándose la ropa a medida que caminaba hacia el baño. Cuando llegó, estaba ya completamente desnuda. Abrió los grifos y se sentó en la bañera, esperando así a que se llenase de agua.

—Dispensa, pero lo hago todos los días, después de mi trabajo en el «Osiris». No puedes imaginarte la cantidad de sudor que se acumula en aquella maldita cabina.

—Sí, comprendo —sonrió él.

—Siéntate y empieza —pidió Flora—. ¿Tienes un cigarrillo?

—Claro.

Bell encendió dos y le pasó uno. Luego dijo:

—La casa tiene un sistema general de alarma. Hay uno, especial, para una pieza determinada. No falla aunque se corte la energía en todo el país.

—Baterías independientes, de conexión automática —respondió Flora en el acto.

—Eso ya me lo suponía yo. ¿Cómo podríamos desconectarlo?

Ella le miró largamente a través del humo.

—¿Eres un ladrón profesional? —preguntó.

—No exactamente. Recupero... cosas que otros tienen ilegalmente —sonrió Bell.

—¿Cuál es la pieza, en este caso?

—Un cuadro.

—¿Marco grande o pequeño?

—Grueso, cornucopia de casi veinte centímetros de ancho y seis o siete de grueso.

—Las baterías están en el interior del marco.

Bell respingó.

—¿Cómo demonios lo sabes?

Flora le guiñó un ojo.

—Soy autora de un procedimiento muy semejante. Puede aplicarse a cajas fuertes u otros objetos de ciertas dimensiones. No serviría de nada en un cuadro con un marco delgado o en una caja fuerte «casera», tú ya me entiendes.

—Entonces, basta descolgar el cuadro y...

—Ni lo sueñes. La alarma se dispararía de inmediato, aunque no estuviese conectada a la red.

—¡Por todos los diablos! —dijo él, exasperado—. ¿Cómo se desconecta, en tal caso?

—De modo que se trata de un cuadro —dijo Flora.

Bell se mordió los labios. Se había portado imprudentemente, dejando escapar el secreto que quería mantener oculto.

—No temas —añadió Flora—. Si piensas que le voy a dar el «soplo» a Dussy, estás muy equivocado. Nuestra relación es estrictamente profesional. No me importa lo que haga ni yo le cuento tampoco lo que hago fuera de mi horario de trabajo. ¿Crees que no sé la clase de sujeto que es? Pero me paga bien y, además, atiende en el acto cualquier petición que le formule. Sabe que, sin mí, el espectáculo se paralizaría y tardaría varias semanas en entrenar a otro ingeniero especializado. Suponiendo que lo consiguiera, porque la técnica de la iluminación y el sonido es exclusivamente de mi invención.

—Flora, ¿cómo estás en el «Osiris», en lugar de trabajar, por ejemplo, en el centro espacial de control de Houston?

—Ya estuve allí, pero me despidieron. Había un ingeniero subdirector que quería tomarme como concubina. Le mandé al diablo. No me gustaba, sencillamente.

—Y se vengó.

—Sí. Cometió un fallo en una secuencia de control de un satélite y me lo achacó a mí. No pude protestar; era un tipo de alto rango.

—Hay cosas verdaderamente indignantes —suspiró Bell—. Bien, ¿qué me contestas, Flora?

—Mil dólares es poco... Y, por cierto, aún no sé ni cómo te llamas.

—Lou, es Suficiente.

—Bien, Lou, ¿qué me dices de dos mil quinientos?

Bell suspiró, resignado.

—De acuerdo —cedió.

Flora salió de la bañera y empezó a secarse. Cuando terminó, hizo un gesto con la mano.

—Vamos —dijo, con voz de mando.

—¿Adónde? —preguntó él.

—Eres tonto. ¡A la cama!

—Pero...

—No te preocupes; ya te prepararé un succulento desayuno —rió la mujer—. Repondrás energías y así estarás listo para... ¿cuándo?

—Mañana a la noche, después de tu trabajo en el «Osiris».

—Perfecto, cariño.

Flora apagó la luz momentos más tarde.

—No creas, tú. Me has gustado; por eso sólo te pido dos mil quinientos dólares, ¿eh?

Bell se resignó. «¿Qué otra cosa puedo hacer?», pensó.

Por la mañana, alrededor de las once, llamó a Ebhraddam.

—Quiero ver a Deene, el socio de Rydell —dijo.

—¿Qué tienes contra Deene? —preguntó el comerciante.

—Piensa en tus cinco mil y no seas curioso —rezongó el joven.

—Está bien. Supongo que estará escondido, después de la muerte de Rydell. Pienso que estará en su cabaña de Aldrich Mountain. Es un lugar muy agreste y no sé si lo encontrarás...

—Deja eso de mi cuenta. ¿Cómo puedo ir a Aldrich Mountain?

Ebhraddam se lo dijo. Bell colgó el teléfono y se dirigió hacia la salida.

—¡Eh, te vas sin desayunar! —gritó Flora desde la cocina.

—¡Estoy a dieta! —se despidió él.

Fue a su casa y se cambió de ropa. Tomó un bocadillo y una cerveza y luego se dispuso a salir.

Joyce estaba en su coche, esperándole, con la mejor de sus sonrisas.

—¿Adónde vamos, Lou?

Bell puso las dos manos sobre el volante y suspiró.

—Es un tipo muy peligroso —dijo—. Ayer disparó contra dos hombres, uno de los cuales, creo, debe estar ya en el cementerio.

—No importa. Soy una chica valiente.

—Yo diría mejor insensata...

—Admito las críticas, Lou.

—Está bien.

Bell hizo girar la llave de contacto. Cuando ya arrancaran, Joyce le hizo una pregunta:

—¿Qué tal la entrevista con el ingeniero, Lou?

—Maravillosa. Hemos pasado la noche juntos.

—¡Lou! —chilló Joyce.

—¿Ocurre algo? —preguntó él, simulando ingenuidad.

—Lou, nunca me imaginé que fueses un... Claro que hoy día no tiene mucha importancia... Pero, aun así...

—Joyce, el título de ingeniero, ¿es exclusivo del sexo masculino?

Ella se puso rígida.

—Es una mujer.

—Sí.

—Y dices que...

—Tuve que sacrificarme —suspiró Bell.

—¡Sinvergüenza! —le apostrofó Joyce—. A cualquier cosa llamas sacrificio.

—La necesito para desconectar la alarma que impide que pueda llevarme el cuadro —aclaró el joven—. Ése trabajo me costará dos mil quinientos dólares y no podré pasártela a la nota de gastos, ¿entiendes?

—Dos mil quinientos dólares... más los encantos del ingeniero hembra —dijo Joyce sarcásticamente.

—Sucedió al revés, nena.

—¿Cómo?

—Ella disfrutó de «mis» encantos.

—Oh, eres insoportable... ¿Por qué me encaminarían hacia ti, en lugar de enviarme a otro investigador? —se lamentó Joyce.

—Hombre, ahora que lo dices... ¿Quién te dio mi nombre?

—El abogado del difunto capitán Wishover, naturalmente. Él te conoce, Lou.

—Y yo, supongo, le conozco a él.

—Sí. Se llama Persheid.

—Persheid, Persheid... —repitió él, meditabundo—. Ah, sí, ya recuerdo. Le hice un trabajito hará un par de años. Cosa de poca monta. Unos documentos robados que tenía que presentar ante un tribunal. Resultó fácil.

—Él dice que fue una labor brillante, Lou.

—Dale las gracias en mi nombre cuando lo veas, Joyce.

Un poco más adelante, Joyce se agitó en el asiento.

—Lou, creo que nos siguen —dijo.

—¿Sí?

—Un coche verde claro. Hace rato que lo veo detrás de nosotros...

Bell miró por el retrovisor. Estaban en una autopista y la circulación era más bien escasa en aquellos momentos.

A lo lejos se divisaba un puente, que salvaba un barranco de casi cien metros de profundidad. El coche verde empezó a ganar velocidad.

Bell adivinó las intenciones del conductor. Iban a empujarle para hacerle saltar por el puente y lanzarlos al abismo.

—Será mejor que te ates el cinturón de seguridad, Joyce —aconsejó.

—Lo tengo puesto —se sorprendió ella.

—Vas a necesitarlo —sonrió Bell.

El automóvil verde se acercó paulatinamente. Bell lo dejó llegar a su altura, cuando ya entraban en el puente, que tenía casi trescientos metros de largo.

De pronto, el conductor del automóvil verde golpeó el volante hacia su derecha. En el mismo instante, Bell pisó el acelerador a fondo.

El coche saltó literalmente hacia adelante. El otro vehículo solo

encontró el vacío.

Joyce creyó que se quedaba sin respiración, pegada al asiento. Miró hacia atrás y pudo ver que el coche perseguidor se precipitaba contra la barandilla.

En el último momento, el conductor pudo suavizar el impacto, mediante un fuerte golpe de volante, pero el mismo impulso que llevaba lo hizo rebotar el coche, que salió disparado en sentido opuesto. Esquivó de puro milagro a otros vehículos que venían en sentido contrario, pero ahora se movía en sentido perpendicular al parapeto del lado opuesto y el piloto no pudo frenar a tiempo.

La barandilla, pese a su reciedumbre, no resistió el choque y voló en pedazos, mientras el vehículo se precipitaba dando vueltas en el vacío. Cuando llegó al suelo, noventa metros más abajo, se produjo una terrible explosión. Brotó una enorme llamarada y el humo, negro y aceitoso, empezó a subir a las alturas.

—Se han matado —exclamó Joyce.

—A eso se llama justicia poética. Han recibido exactamente lo mismo que pensaban darnos a nosotros —contestó el joven ceñudamente.

—¿Pudiste reconocer al conductor?

—No, ni me importa. Lo único que sé es que estamos vivos y que alguien tendrá que tomar hoy muchos calmantes.

—Yo, la primera —suspiró Joyce—. Oye, ¿esto es un avión o un automóvil? Si no reduces un poco la velocidad, te multarán por volar bajo.

Bell consultó el indicador. Marchaban a ciento noventa y ya había reducido un tanto. Levantó el pie del acelerador. El puente se había perdido de vista.

—Y ahora —dijo—, vamos a hablar un ratito con el socio del difunto Rydell.

—¿Cuál será el tema objeto de la discusión? —preguntó Joyce.

—Muy pronto lo sabrás, encanto —respondió él.

CAPÍTULO IX

La cabaña estaba en un paraje encantador, apenas visible entre los árboles. Bell detuvo el coche en un punto donde no pudiera ser visto y se apeó, seguido de Joyce.

—Allí está —murmuró la joven.

—Sí, pero déjame hablar a mí —recomendó Bell—. A fin de cuentas, a ti sólo te interesa el cuadro.

—Pero si ya sabes dónde está, ¿por qué tenemos que venir aquí? Bell se volvió.

—Nadie te pidió que vinieras —repuso heladamente.

—Hombre, yo...

—Sí, sí, sentías curiosidad. Pero no te pases de lista, ¿eh?

—Está bien. Seré muda como una tumba.

—Estupendo, es lo que más nos conviene.

Bell echó a andar entre la espesura y llegó a poca distancia de la cabaña. Un hombre salió, se asomó unos momentos, miró nerviosamente al camino que conducía al edificio y volvió a meterse, con signos de sentirse muy aprensivo.

—Está inquieto —susurró Joyce.

—Eso nos favorece —contestó Bell.

Dio la vuelta a la cabaña y buscó la puerta trasera. Tanteó la cerradura, vio que podía entrar sin dificultades y empujó con suavidad.

Atravesó la cocina y se asomó a la sala. Deene estaba allí, sirviéndose una copa. Iba en mangas de camisa y Bell se dijo que aquella circunstancia le favorecía.

La chaqueta estaba sobre un diván. Al lado había una maleta.

Deene tomó un trago y fue hacia el teléfono. Marcó un número, escuchó unos instantes y luego empezó a hablar.

—¿Eres tú, Reilly? Maldita sea, ¿por qué tardas tanto? ¿Cómo? ¿Qué no encuentras el avión? ¿Es tan difícil, estúpido? Pago bien, y

en contante, ¿sabes...? Ah, el piloto está fuera y tardará en regresar... Sí, sí, ya me doy cuenta de que es el único que acepta el trato... Está bien, llámame en cuanto lo tengas a mano... Adiós, Reilly.

Deene colgó el teléfono, apuró la copa y entonces presintió que no estaba solo. Al volverse, divisó a Bell, con su chaqueta en las manos.

—Esta vez no me gastará una jugarreta, como hizo con Dussy y sus chicos —dijo el joven alegremente.

Las facciones de Deene se crisparon.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó hoscamente.

—Ando detrás de un cuadro y de otras cosas muy interesantes. Por ejemplo, esa maleta que hay en el diván. Joyce, preciosidad, ¿quieres abrirla?

—Con mucho gusto —respondió la joven, haciéndose visible súbitamente.

Joyce entró en la sala, fue al diván, soltó las presillas de la maleta y levantó la tapa. Inmediatamente, lanzó una exclamación:

—¡Cielos, está rebosante de billetes!

—Medio millón, ¿verdad, Deene?

El sujeto se atiesó.

—Aún no me ha dicho quién es usted —barbotó.

—Me llaman Lou Bell y algunos dicen que soy un pájaro de cuenta, como usted y su difunto socio Rydell. Pero, aunque muchas veces juego malas pasadas a ciertas personas, jamás se me ha ocurrido matar a nadie. Como hizo usted con su socio.

—Yo no lo maté...

—¿De veras? Entonces, ¿qué hace aquí la maleta con el medio millón que cobraron por un cuadro que, posiblemente es falso? ¿Por qué trata de escapar del país, alquilando un avión particular?

Deene se puso pálido.

—Escuche, yo no...

—Las excusas no me sirven para nada —cortó Bell con glacial acento—. Este dinero no le pertenece y yo pienso devolvérselo a su propietaria. Aunque le concedo el beneficio de la duda respecto a la muerte de Rydell, no por eso dejo de creerle autor de su muerte. Pero éste es un asunto que tendrá que tratar con la Policía, tarde o temprano. Joyce, ¿has cerrado la maleta?

—Sí, Lou.

—Muy bien. Entonces, ya no tenemos nada más que hacer aquí...

Repentinamente, Deene lanzó un atroz rugido y se abalanzó contra el joven. Bell dejó caer la chaqueta y recibió al individuo con un directo de izquierda al estómago, que lo dejó sin respiración. Luego lo derribó de un seco derechazo al mentón. Deene quedó en el suelo, medio inconsciente, completamente incapaz de reaccionar.

Bell recogió la chaqueta de nuevo, volvió del revés la manga y enseñó la pistola sujeta por un arnés especial.

—Mira bien esto, Joyce. Un truco indecente —dijo.

—¿Dispara de veras?

—Ayer, un rufián lo supo en su propia carne.

Bell descargó la pistola-pluma y se guardó su único cartucho. En aquel momento, se oyó el ruido de un coche que se acercaba a toda velocidad.

—¡Joyce, a mover las piernas! —exclamó.

Cargó con la maleta y corrió hacia la puerta posterior. Ella le precedía y en pocos segundos estuvieron al otro lado, bajo la protección de los árboles.

Se oyó un fuerte chirrido de frenos. Bell puso la maleta en manos de la muchacha.

—Da un rodeo y espérame en el coche —ordenó en voz baja.

—Está bien, pero ten cuidado, Lou.

—No pases pena, cariño.

—Oh, si tú no me importas nada. No te sientas halagado lo que me interesa es el cuadro.

—Lou Bell, esto es para que aprendas la virtud de la humildad —se dijo él a sí mismo, pero de forma que Joyo pudiera oírle.

Se deslizó hacia la cabaña y corrió hacia la esquina más próxima. En el interior sonaban gritos destemplados.

Bell reconoció la voz de Dussy y la de Deene, quien protestaba a voz en cuello de las preguntas que se le hacían. El joven reflexionó unos momentos y luego, agachado, corrió hacia el automóvil de Mungo y se situó en la parte posterior.

Con gran cautela, deshinchó una de las ruedas. Luego pasó al otro lado y repitió la operación.

De pronto, se oyó un estridente chillido de pánico:

—¡No, Dussy, no...!

El grito quedó cortado por un seco estampido. Bell sintió compasión por Deene, pero se le pasó pronto.

—A fin de cuentas, no le han hecho nada que él no hubiera hecho antes a su socio —masculló, a la vez que echaba correr hacia el coche.

Alguien lanzó una aguda voz de alarma:

—¡Eh, allí va!

—¡Echadle el guante! —rugió Dussy.

Bell corrió como si estuviese en una Olimpiada. Detrás de él sonaron algunos disparos y percibió el ominoso silbido de las balas.

Cuando avistó su coche, sus perseguidores corrían detrás de él desesperadamente. Joyce estaba al volante y tenía el motor en marcha.

—¡Vamos, aprisa, Lou!

Bell se zambulló en el interior del vehículo. Joyce arrano antes de que hubiera tenido tiempo de cerrar la portezuela Despidiendo enormes chorros de tierra y polvo, el automóvil arrancó como un cohete.

Sonaron más disparos, pero ya resultaban ineficaces. Bel respiró a pleno pulmón, mientras terminaba de acomodarse en el asiento.

—Pues es verdad —dijo ella—. Con este coche no se corre, se vuela.

—Reduce, nena; los otros tienen su coche con las ruedas en el suelo.

—Un buen truco, Lou. ¿Lo hiciste tú?

—Sí. Pura precaución, claro.

—He oído un tiro primeramente. ¿Qué pasó?

—Han debido de liquidar a Deene. Dussy no admite competencia.

Joyce se estremeció.

—¿A sangre fría?

—Lo mismo hizo él con su socio —Bell sacó cigarrillos—. Como se decía antiguamente, «quien mal anda, mal acaba».

—Ese refrán sigue teniendo plena vigencia, Lou.

—Sí, he tenido ocasión de comprobarlo.

—Bien, Lou, ahí detrás hay medio millón de «pavos». ¿Qué piensas hacer con ese dinero? ¿Te lo vas a quedar?

—No, lo devolveré a su dueña, aunque no hoy mismo. Sin embargo, creí haberte oído decir que sólo te importaba el cuadro.

Joyce se mordió los labios.

—Hombre, la curiosidad...

—Entonces, no hagas más preguntas y sigue conduciendo, ¿eh? Cuando todo haya terminado, ya te contaré más cosas.

—Lou, quiero hacerte una pregunta —dijo ella.

—¿Sí?

—¿Piensas seguir toda la vida en esta profesión?

—¿Qué tiene de malo, encanto?

—Nada, salvo que algún día pueden pegarte un tiro. O dos.

—¿Puedes indicarme tú algún medio mejor para ganarme los huevos con tocino?

—Sabes pintar. ¿Por qué no intentas dedicarte al arte? Si recuperas el cuadro, te pagaré treinta y cinco mil dólares.

¿No eres capaz de vivir un año con ese dinero, pintando cuadros para exponer y ver qué sucede?

—Me has dado una idea. Cuando haya terminado, haré lo que me dices. Pero si no triunfo...

—Al menos, puedes dedicarte a cartelista. En el cine se pagan mucho.

—También es una buena idea. Pero podría hacer otra cosa quizá mejor.

—¿Cuál, Lou?

—Conquistarte a ti y vivir de tu dinero.

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Hablares de eso más adelante —dijo.

Bell se reclinó en el asiento y cerró los ojos.

—Estoy muy cansado —murmuró—. Conduce prudentemente, encanto.

—Sí, Lou.

Entraron en la casa sin hacer el menor ruido. Bell guió a Flora hasta la sala donde se hallaba colgado el cuadro y se lo señaló con su linterna.

—Ése es —dijo.

Flora se acercó al cuadro y lo contempló durante algunos momentos. Luego quitó la linterna de manos del joven y empezó a estudiar el marco desde muy cerca.

Bell aguardaba en silencio. Flora era realmente muy hábil y había desconectado sin dificultad la alarma general. Se preguntó cómo lo haría para evitar que funcionase la alarma privada del cuadro.

De repente, vio que Flora sonreía. Ella acercó la mano a cuadro, situándola en la parte inferior del marco, muy cerca del ángulo derecho. Empujó con la yema del dedo índice oyó un leve chasquido.

—Ya está —dijo Flora.

—¿Seguro?

—Si suena la alarma, te perdono los dos mil quinientos dólares.

—Muy bien, vamos a ver.

Bell descolgó el cuadro, pero entonces vio unos cables que iban desde la pared a la parte superior y posterior del marco.

—Espera, voy a cortarlos —dijo ella.

Sacó unos alicates y los cables quedaron seccionados limpiamente. Bell, con el cuadro en las manos, se volvió hacia la joven.

—Voy a fundar mi propia fábrica de naves espaciales y te nombraré ingeniero director —dijo.

—¿Por qué no me nombras tu esposa? —preguntó Flora descaradamente.

—Imposible, soy viudo.

—Hombre, ésa sí que es buena... Eres viudo y no puedes casarte conmigo...

—Precisamente, para no reincidir.

—Te fue mal en el matrimonio, ¿eh?

—Tuve que hacerla pedacitos. Desde entonces soy vegetariano.

—¡Qué bruto! ¿Dijo ella algo cuando supo que la ibas a matar?

—Sí: «Por favor, no me hagas cosquillas».

Bell terminó de soltar el bastidor y dejó la pintura en el suelo. Luego colgó el marco vacío en su sitio.

—Habrá que ver lo que dice el dueño cuando se encuentre que la tela se ha evaporado —comentó Flora.

—No dirá nada —aseguró Bell.

—¿Por qué? Pondrá el grito en el cielo...

—Hermosa, dime. Si tú hubieses comprado un cuadro robado y te lo robasen después, ¿lo denunciarías a la Policía?

—Ah, de modo que es eso —murmuró Flora.

Bell le dio una fuerte palmada en el rotundo final de espaldas.

—Vamos —dijo—. Tengo el dinero en el coche. Y no se te ocurra mencionar esta operación. Si Dussy se enterase de que me has ayudado, te haría pedazos y no metafóricamente.

—Entonces, no eres viudo —palmoteó Flora.

Bell elevó los ojos al techo.

—¿Qué podría hacer para despegarme de ella? —murmuró.

Salieron de la casa con el mismo sigilo que habían llegado. En el coche, Bell entregó un sobre a Flora.

—Tu paga —indicó.

Ella contó los billetes y luego los guardó en su amplio escote.

—Ven a mi casa a celebrarlo —propuso cálidamente.

—Ni lo sueñes. Flora, métete una cosa en la cabeza: vamos a separarnos y no volveremos a vernos más. Lo siento, pero así es la vida, ¿comprendes?

Flora inspiró con fuerza.

—No te preocupes. De todas formas, no me había hecho demasiadas ilusiones —contestó.

—Tengo un buen amigo —dijo él, cuando ya habían arrancado—. Es el primer accionista de una importante fábrica de componentes electrónicos. Te daré una nota para él; sé que andaba buscando un buen ingeniero en los últimos tiempos. Deja el «Osiris»; tarde o temprano, podrías verte en líos gordos.

—¿Hablas en serio, Lou?

—Mañana, es decir, hoy, si quieres, podrás ir a ver a mi amigo. ¿Te parece bien?

Flora se volvió y le besó impulsivamente.

—Gracias. Eres el mejor chico que he conocido, Lou. Y si un día necesitas de mí para un trabajito similar, avísame y acudiré en el acto, esté donde esté.

—Lo dudo mucho. Voy a devolver el cuadro a su legítimo dueño y luego embarcaré para África.

—¿África? ¿Qué vas a hacer allí? —se sorprendió Flora.

—He recibido una llamada. Voy a curar a los pobres, a los menesterosos, a los desvalidos...

—¿Te vas de misionero?

—Sí —mintió él descaradamente.

—Ten cuidado. Hay caníbales.

—Puesto que soy vegetariano, mi carne debe de tener ahora un gusto exquisito. Correré ese riesgo, no te preocupes. De todas formas, haría que te enviasen mi calavera como recuerdo.

—La pondré encima de la mesilla de noche, si eso llega a suceder —contestó Flora.

De pronto, se miraron y rompieron a reír.

—Vaya par de embusteros —dijo ella alegremente—. En serio, celebro haberte conocido, Lou.

—Lo mismo digo, encanto.

Media hora después, Bell paraba el coche frente a la casa donde vivía Flora. La despedida fue un tanto melancólica.

—Adiós para siempre, Lou.

Bell le dio una tarjeta de visita con unas líneas escritas en el reverso.

—Hoy mismo puedes conseguir el empleo, si lo deseas —se despidió.

—Así lo haré —prometió ella.

Bell arrancó de nuevo.

—Buena chica, pero demasiado absorbente —calificó, mientras empezaba a pensar en la próxima entrevista con el profesor Denham.

CAPÍTULO X

El profesor Denham salió del laboratorio con el cuadro en una mano y un gran trozo rectangular de celuloide en la otra. Dejó la tela a un lado y enseñó la radiografía al joven.

—Falso —dijo escuetamente.

Bell contempló en silencio la placa radiográfica.

—¿Falso o bien obra de un discípulo?

—Falso, falso, falso —repitió Denham por tres veces—. La pintura no tiene ni diez años de antigüedad. Todos los elementos, aceites, barnices, tela y hasta el bastidor son completamente actuales. El artista, indudablemente, es bueno y supo imitar muy bien la técnica de Goya. Sospecho que lo hizo un tal Edwin Gallagher, un hábil falsificador, que murió hace cinco o seis años, seguramente, por encargo. Tuve ocasión de examinar algunas de sus pinturas y reconozco en buena parte su técnica de los pinceles. Quizá el que le encargó el cuadro quería hacerse la ilusión de que tenía un Goya... No sé, no acabo de comprender qué objeto tiene «inventar» un cuadro que jamás fue pintado por aquel genial artista.

Bell asintió en silencio. De pronto, vio algo al pie de la radiografía que llamó su atención.

—Eh, profesor, aquí hay unas cifras...

—Sí, las he visto, pero no sé qué significan —contestó Denham—. Están bajo una gruesa capa de pintura y fueron trazadas con minio. Como sabes, el minio es óxido de plomo y este metal es opaco a los rayos X. Por dicha razón, las cifras se ven perfectamente en la placa.

—Sí, el plomo forma parte de los delantales de quienes utilizan los rayos X con frecuencia —convino el joven.

Estudió con detenimiento las cifras, que eran cinco, en dos grupos bien definidos: 112.32.

—Alguna clave de una caja fuerte —murmuró para sí.

—Tal vez. Lou, ¿cuándo empiezas a pintar?

Bell sonrió.

—Quizá más pronto de lo que usted se piensa, profesor —contestó—. Gracias por todo y no deje de enviarme la minuta de honorarios.

—Te los cobraré en especie, un buen cuadro —rió Denham.

Bell agarró la tela y la radiografía y se marchó. Media hora más tarde, llamaba a la puerta de la residencia de la señora Vorsbaert.

La doncella acudió a recibirle.

—Tenga la bondad de anunciarme —pidió él—. Lewis Bell, por favor.

—Sí, señor.

Kathryn acudió a los pocos momentos, envuelta en una bata compuesta por decenas de metros de seda de varios colores. Era un conjunto que dañaba a la vista, pero ella parecía sentirse muy satisfecha de su indumentaria.

—Lou, querido... —le beso en ambas mejillas—. ¿Qué noticias me traes?

Bell la miró fijamente.

—¿No has echado nada en falta? —preguntó.

—Pues... el cuadro... Alguien me lo robó, pero ¿qué podía hacer?

El joven quitó el papel que cubría la tela y se la enseñó.

—¿Es éste?

—Dios mío, lo has recuperado... ¿Cómo lo has conseguido? ¿Qué milagro has realizado, Lou?

—Ningún milagro, Kate. Lo siento, pero tengo que darte malas noticias. La pintura es falsa. Mejor dicho, hasta cierto punto, es legítima, puesto que es original, pero no la pintó Goya.

Kathryn se dejó caer sobre un diván.

—Lou, no hablas en serio... Pagué medio millón...

—Fue una estafa.

Ella se retorció las manos.

—Ahora no podré recobrar esa suma...

—Te equivocas.

Hubo un momento de silencio. Bell había llevado consigo la tela y la maleta. Puso esta encima de una mesa y levantó la tapa.

—¡El dinero! —gritó Kathryn.

—Faltan veinticinco mil dólares —dijo Bell.

—¿Se los quedó el que me vendió la tela?

—No. Me los he quedado yo. Acostumbro a percibir el cinco por ciento del valor de una cosa recobrada. El cuadro es bonito y hará un gran efecto en su sitio. A fin de cuentas, aunque su autor era un hábil falsificador, también era un excelente pintor.

Ella le miró suspicazmente.

—Empiezo a sospechar que fuiste tú el que se llevó el cuadro —dijo.

—Aciertas —sonrió Bell—. Tú no habrías querido dejármelo, ¿verdad? Habrías pensado que trataba de quedarme con el cuadro y... Bien, la broma te ha costado veinticinco mil dólares, pero, en medio de todo, el asunto no ha tenido publicidad, y eso es siempre de agradecer.

Bell dio media vuelta y se encaminó hacia la salida.

—¡Lou, espera! —llamó Kathryn.

La cabeza de Bell giró ligeramente.

—¿Kate?

—Yo... Si tú quisieras... ¿Por qué no te quedas... para siempre?

Bell sonrió.

—Adiós, Kate —fue todo lo que dijo.

Entró en su coche y vio a Joyce, sentada en el asiento posterior, con la radiografía en las manos.

—¿Qué es esto? —preguntó la muchacha.

Bell alzó los brazos.

—¿Por qué me habré dejado en casa el cubo de agua caliente? —se lamentó.

—¿Para qué quieres ahora agua caliente? —dijo ella, extrañada.

—Para despegarme de una joven que no me deja ni a sol ni a sombra. ¿Lo entiendes ahora?

—Te costará mucho, Lou —respondió Joyce sin inmutarse—. Esto, ¿es una radiografía?

—Sí, del cuadro. Y es falso.

—¿Dónde está?

—Lo tiene ella. Perdón, la señora Vorsbaert.

—Aunque sea falso, me pertenecía —gritó Joyce.

—Lo sé, pero no merece la pena que te enfades, aunque, si tanto te interesa, puedes reclamárselo.

—Ya lo decidiré. Oye, aquí hay unas cifras... ¿sabes qué significan?

—Alguna clave de una caja fuerte, supongo. ¿Vives en la casa que fue de tu tío, el capitán Wishover?

—Sí, pero la combinación no es ésta —respondió Joyce—. Lo sé, porque guardo en ella algunos documentos y un poco de dinero, amén de unas joyas propias.

—Entonces, si no es una clave de caja fuerte, no sé qué puede ser —dijo Bell.

Joyce se reclinó en el asiento y empezó a pellizcarse el labio inferior.

—Lou, ¿por qué no me dijiste que el cuadro estaba en casa de esa fulana?

Bell frunció el ceño.

—Parece como si la conocieras —observó.

—Claro que la conozco. ¡Fue la amante de Persheid!

—¿Tu abogado?

—Sí. Y también mariposeó un tiempo con mi tío. Pero el capitán era ya muy viejo y ella comprendió que sus encantos no le servirían para nada, por lo que desertó y se pasó al enemigo, es decir, al abogado.

—Estaba casada, Joyce.

—¿Y qué? También su esposo tenía muchos años. ¿No ha intentado seducirte? —preguntó ella maliciosamente.

—Nunca mezclo el placer con el deber —respondió Bell, muy serio—. Sin embargo, admitiría que me sedujeras tú.

Ella le sacó la lengua.

—Olvídate de mí, tipo lujurioso. Por cierto, ¿qué has hecho del medio millón?

—Lo tiene su dueña, excepto los veinticinco mil dólares, que representan el cinco por ciento de la suma total, y que me he quedado, en concepto de honorarios.

—A este paso, te harás rico —dijo Joyce burlonamente—. Cincuenta mil por mi parte, veinticinco mil de Kathryn...

—También tengo que pagar a otros que me ayudan —aclaró él—. Los gastos son más elevados de lo que supones, muñeca.

—Está bien, no discutamos más. Si tienes la bondad de pararte en la próxima esquina, me apearé para volver a mi casa.

—¿No quieres que te lleve?

—Gracias, pero voy a entrevistarme con Persheid.

—¿Para qué? —se extrañó él.

—Eso es asunto mío —contestó Joyce con cierta sequedad.

Bell detuvo el coche y ella se bajó desenvueltamente.

—Quizá mañana te invite a cenar en casa —sonrió.

—Prepara mucho champaña. Es elemental para seducir a la persona a quien se ama.

—Yo no te amo a ti, Lou Bell. Sólo me resultas simpático.

—Por algo se empieza, Joyce.

Ella se marchó, taconeando ágilmente. Bell suspiró. Una chica verdaderamente encantadora, pensó.

Luego, contento porque todo había terminado satisfactoriamente, se encaminó a su casa.

El teléfono sonaba insistentemente cuando entraba. Corrió hacia el aparato y lo levantó.

—Bell —dijo.

—Al fin —exclamó Ebhraddam—. Hace horas que trato de localizarte, Lou.

—Lo siento, he estado muy ocupado.

—Ya. ¡Menudo pájaro de cuenta estás hecho! ¿Qué tal la ingeniero?

—Un poco arisca, pero satisfactoria. ¿Sólo me llamabas para eso, Salomón? ¿O es que te gusta oír relatos eróticos?

—Tengo películas —contestó el comerciante sin inmutarse—. Y una noticia para ti. ¿Has oído hablar alguna vez de Stoneblock?

—Ni idea. ¿Qué es eso?

—La residencia secreta del capitán Wishover. Está a quince millas de un pequeño pueblecito de Arizona llamado Matabaja, no lejos de San Carlos. Quizá te interesaría darte una vueltecita por Stoneblock.

—¿Tú crees?

—Dame el diez por ciento de lo que encuentres. Si no encuentras nada, yo te pagaré los gastos. Puedes ir en avión; hay un pequeño aeródromo en Matabaja y agencia de coches en alquiler.

—Ya será mañana, Salomón.

—Mañana, claro. Otra cosa. ¿Te suena el nombre de Clay H. Persheid?

—Sí. Era el abogado del capitán Wishover.

—Y, en sus tiempos, formaba parte del «staff» de Wishover, cuando éste vestía uniforme. Claro que Persheid era mucho más joven entonces; debía de tener unos veinte años o cosa así. Pero era el brazo derecho del capitán. Si entiendes lo que esto significa, sabrás lo que debes hacer.

—Lo entiendo perfectamente, Salomón, pero ¿qué pintan Mungo y Dussy en todo este jaleo?

—Está claro: también buscan el tesoro del capitán. Y se matan unos a otros por conseguirlo.

—Eso ya lo sé —dijo Bell pensativamente—. Ayer hubo quien intentó tirarme por un puente...

—Era un tal Kerr Scully. Profesional independiente.

—Se contrataba con el que mejor le pagaba, ¿no?

—Exacto. ¿Cómo saltó por el puente?

—Tenía ganas de volar, pero no se dio cuenta de que iba en un automóvil y no en un avión. Gracias por todo, Salomón.

—No olvides mis porcentajes, Lou.

—Descuida.

Bell se sentía muy cansado y fue al baño. Durante largo rato, permaneció sumergido en agua templada, hasta que la fatiga empezó a desaparecer. Al cabo de un buen rato, salió de la bañera, se secó y, vestido solamente con una bata de felpa, empezó a buscar mapas.

Tenía un Atlas completísimo, aunque no esperaba encontrar en él una localidad tan pequeña como Matabaja. Sin embargo, una vez hubiera localizado la población más importante de San Carlos, sabría exactamente qué mapa de carreteras podría utilizar.

Aunque iría en avión alquilado, podía necesitar más tarde el mapa de carreteras. Pronto encontró lo que buscaba, y durante largo rato, estuvo contemplando la zona descrita en el mapa de Arizona.

De pronto, reparó en algo que le había pasado inadvertido en un principio. Con el índice, recorrió las líneas perpendiculares de un meridiano y un paralelo determinados. Luego, con una sonrisa de oreja a oreja, chasqueó los dedos alegremente.

—Ya está —dijo—. ¡Qué sencillo es todo... ahora que lo sé!

Cerró el Atlas y buscó el teléfono. Momentos después, oía una

voz femenina:

—¿Quién es?

—Joyce, hurí del paraíso, flor del edén, encanto de los ojos de los hombres, maravilla de la naturaleza, monumento biológico, dime: ¿te gustaría hacer un viaje en avión?

—¿Adónde? —preguntó ella recelosamente.

—¿Has oído hablar alguna vez de Stoneblock?

—No. ¿Dónde cae eso?

—Pues es verdad —dijo Bell—. Mi informador tenía razón. El refugio sigue siendo secreto.

—No entiendo nada en absoluto, Lou. ¿Por qué no te explicas mejor? —pidió Joyce.

—Stoneblock era el lugar donde se refugiaba tu tío en ocasiones, me imagino que más de una vez huyendo de la justicia. ¿Recuerdas las cifras del cuadro?

—Sí. Pero no sé qué significan...

—112º Oeste

32º

Norte. Son las coordenadas geográficas de Stoneblock y si tu tío las hizo grabar bajo la pintura, era porque no quería que nadie supiese lo que podía esconderse debajo de esos cinco guarismos.

—Su refugio secreto.

—Exactamente. Y ahora, ¿te animas a volar conmigo?

—Estoy de acuerdo, Lou.

—Bien, encanto. Pasaré a buscarte a las siete en punto de la mañana. No te retrases, princesa de las brujas, reina de las hechiceras, consuelo de mi corazón y alivio de mis penas.

—Es inútil, Lou. La respuesta es «no» —rió Joyce.

—Ese «no» es un calcetín. Se puede volver del revés —concluyó Bell alegremente.

CAPÍTULO XI

El avión describió un amplio círculo y, en un suave descenso, alcanzó la cabecera de pista y rodó cada vez más lentamente hasta detenerse del todo. Un hombre se acercó al aparato y esperó junto a la portezuela.

Bell y la joven saltaron a tierra. Bell se volvió hacia el piloto.

—Puede regresar. Si no recibe contraorden, venga a recogemos mañana a esta hora.

—Sí, señor.

Bell se encaró a continuación con el otro individuo.

—¿Está listo el coche? —preguntó.

—Sí, señor. Vengan, por favor...

Momentos después, Bell y Joyce montaban en un automóvil descubierto y partían hacia las montañas que se divisaban a lo lejos, áridas, desnudas, terriblemente inhóspitas. Joyce se puso un pañuelo a la cabeza y lo anudó bajo la barbilla.

—No comprendo cómo mi tío pudo comprar una propiedad en este desierto —dijo.

—Tuvo sus razones, indudablemente —contestó él—. Pero no todo es desierto. Te llevarás una sorpresa cuando estés en Stoneblock, que, por cierto, te pertenece por herencia.

—No figuraba en el testamento, Lou.

—Entonces, habrá que indagar por qué no fue incluido en el inventario de bienes. Persheid, quizá, podría decirnos algo al respecto, ¿no te parece?

—¿Sospechas de él?

—Persheid si es un pájaro de cuenta. Lo que sucede es que unos se llevan la fama... y otros se embolsan la «pasta».

—Siempre me pareció honrado...

—Hasta que dejó de serlo, Joyce.

Ella cruzó los brazos.

—Se lo diré cuando lo vea...

—No creo que tardes mucho, encanto.

—Lou, me parece que tú sabes mucho más de lo que das a entender. ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Paciencia, paciencia —recomendó él con jovial acento—. Antes de que se acabe el día, tendrás la solución total. Y me deberás algo más que la recuperación de un cuadro falso.

—¿Hablas en serio? —preguntó ella, vivamente sorprendida.

—Por completo. No tendrás los dos millones que esperabas conseguir por el cuadro, pero, vamos, tampoco quedarás hecha una mendiga.

—Si es así, te lo agradeceré mientras viva, Lou.

—Encontrarás los medios para demostrarlo —aseguró él.

—Así lo espero. Pero, dime, puesto que fue Persheid el que me recomendó tu nombre, ¿por qué lo hizo, si sabía que, para decirlo suavemente, podías volverte contra él?

—Es muy posible que quisiera cubrirse ante ti, enviándote a un investigador de probada eficiencia, y perdona la inmodestia. Sin embargo, pienso que también calculó que yo le ayudaría a encontrar algo que él había perdido momentáneamente.

—¿El cuadro?

—Seguramente, sabía que era falso, pero también se imaginaba que bajo la pintura había una clave que podía llevarle adonde deseaba, esto es, a Stoneblock.

—Lou, si Persheid era el abogado de mi tío, ¿cómo podía ignorar la existencia de ese escondite secreto?

—Muy probablemente, se imaginaba algo, aunque desconocía su emplazamiento. Por eso te utilizó a ti como pantalla y a mí para que resolviese el enigma.

—Está bien. Y, según tú, ¿qué podemos encontrar en Stoneblock?

—El tesoro del capitán Wishover —respondió Bell contundentemente.

La carretera, angosta, polvorienta y calcinada por el sol, ascendía a través de las montañas y, después de cruzar un desfiladero de unos trescientos metros, pasaba al otro lado, dando vista a un pequeño valle, cuya sola contemplación arrancó gritos de placer a la muchacha.

—¡Dios mío! Nunca había visto nada semejante...

El paisaje se transformaba totalmente una vez cruzado el paso. De alguna parte, descendía un arroyo, saltando de roca en roca, a veces desde doce o quince metros de altura, y alimentaba un pequeño lago situado en la parte más profunda, y rodeado por completo de verdor. Abundaba la hierba y también se veían numerosísimos árboles, sobre todo álamos y chopos. El lugar resultaba encantadoramente agreste y proporcionaba un agradable descanso a la vista, después de millas y millas de tierra árida y pelada.

No lejos del estanque se divisaba una casa blanca, de estilo español y de una sola planta, con un gran porche de arcos en la fachada. Bell condujo hasta detener el coche en la explanada que había ante el edificio.

—Ahí tienes Stoneblock —indicó—. Y es tuyo. Si realmente eres la heredera del capitán.

—No tenía más familia que yo —contestó la joven.

Joyce se apeó y entró en el porche, donde reinaba una agradable frescura. A unos cien pasos de distancia se veía el último salto de agua, que daba ya directamente al estanque, cuya anchura no bajaba de los trescientos metros.

—No veo ningún desagüe —observó Joyce—. Si el agua sigue llegando incesantemente...

—Con toda seguridad, hay un aliviadero subterráneo, que mantiene el nivel constante —opinó él—. Pero ¿qué te parece si echamos un vistazo a la casa?

—Encantada. Me pregunto dónde estará el tesoro...

—Habrás que buscarlo —dijo Bell.

La puerta estaba cerrada, pero Bell la abrió sin dificultad con una ganzúa. El interior estaba sombrío y la temperatura era fresca y agradable. El suelo era de grandes baldosas pintadas de color rojo oscuro y el techo tenía las vigas a la vista.

La decoración era colonial. Bell señaló una gran consola.

—Empieza a revolver todo —dijo—. Yo buscaré por las paredes.

Joyce asintió. Durante una hora, registraron la casa por completo, sin encontrar el menor indicio de un escondite donde pudieran estar guardadas unas joyas cuya procedencia resultaba harto discutible. Bell, un tanto cansado, salió al porche.

El suelo era de losas de color claro, de piedra, más pequeñas que las del interior. Bell se dio cuenta de la perfecta disposición del pavimento, que se prolongaba fuera del porche, en una extensión de seis o siete metros. Profundamente pensativo, se tironeó del labio inferior, mientras se decía que tenía la solución al alcance de la mano pero que, sin embargo, no sabía verla.

Joyce salió de pronto con sendos vasos en las manos.

—He preparado un refresco —dijo—. Ni siquiera hace falta un refrigerador; el agua baja helada...

Bell no contestó. Repentinamente, retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared y luego avanzó, contando las baldosas a cada paso que daba.

Cuando faltaban dos hileras para el borde de la explanada, se detuvo. Luego retrocedió hasta el final del enlosado, en el lado oriental y repitió la misma operación.

Joyce le seguía, terriblemente intrigada, sin comprender en absoluto las intenciones del joven. Bell caminó paralelamente a la casa, rebasó la esquina opuesta, por el lado Oeste, continuó un poco más y, al fin se detuvo.

Luego se desvió un poco hacia el Sur. Sacó un lápiz, se agachó y trazó una cruz en una baldosa.

—Aquí —dijo.

—Aquí, ¿qué? —preguntó Joyce, todavía con los vasos en las manos.

—Hermosa, puede que sea un presentimiento estúpido, puede que esté equivocado... pero, por si acaso, voy a buscar una herramienta que nos sirva para levantar esta baldosa.

—¿Por qué ésa, precisamente, Lou?

Bell se volvió.

—Tu tío simplificó la clave, haciendo que fuese una misma, tanto para señalar las coordenadas de Stoneblock, como para el escondite de su tesoro. Esta baldosa está en la intersección de la número ciento doce y treinta y dos. La primera cifra se refiere a la largura y la segunda a la anchura del embaldosado. ¿Lo comprendes ahora?

Joyce tenía la boca abierta. Bell fue a la parte posterior de la casa y volvió a poco con una barra de hierro en las manos.

Inmediatamente atacó la baldosa, que no tenía más de cuarenta

centímetros de lado. A los pocos momentos, consiguió levantarla.

—¡Es verdad! —gritó Joyce—. ¡El tesoro está ahí! Lou, eres realmente genial...

Bell no contestó. Agachado, forcejeaba con la tapa de metal que había quedado al descubierto. Por fin, consiguió levantarla y dejó a la vista un hueco forrado de hierro, en el que había un trozo de papel doblado. Lo desplegó y se lo enseñó a la muchacha.

Joyce puso cara de estupefacción.

—Oh, no, no puede ser...

Bell sonrió, mientras contemplaba el dibujo que había en la cuartilla y que representaba el perfil de una cara y una mano, ésta haciendo un inequívoco gesto de burla.

—Tu tío tenía un maravilloso sentido del humor —dijo.

—Era un hijo de perra —sonó de pronto una voz extraña—. Un canalla, que me estafó miserablemente y que estuvo engañándome durante años enteros. Celebro que esté en el infierno, pero ahora yo voy a aprovecharme de lo que aquel maldito sinvergüenza trajo de Europa.

Bell y Joyce se volvieron, enormemente sorprendidos. Persheid, el abogado, estaba delante de ellos, con una pistola automática en la mano derecha.

CAPÍTULO XII

Era un hombre avejentado, con bolsas bajo los párpados y las mejillas flácidas, el que tenían ante sus ojos. Joyce se sorprendió enormemente del aspecto que ofrecía el abogado.

—Señor Persheid... —dijo débilmente.

—Apártense —ordenó el aludido—. Fuera de ese escondite.

—No hay nada, señor —manifestó Bell—. El capitán se burló de todos antes de morir. Esto es lo que hemos encontrado en el escondite secreto.

Enseñó la cuartilla con el dibujo de la burla. Los ojos de Persheid amenazaron salirse de las órbitas.

—No es posible...

Bell se encogió de hombros.

—Véalo por usted mismo —dijo—. No hemos tenido tiempo de esconder nada.

—Pero entonces... el tesoro... Wishover se trajo una gran cantidad de joyas desde Europa... Es cierto que me dio una parte, pero la gasté en mis estudios... Luego se negó a darme más, alegando que ya había recibido lo suficiente.

—Sin embargo, usted actuaba para él —intervino Joyce.

—Una miseria —dijo Persheid desdeñosamente—. Había hecho una inmensa fortuna y a mí me daba las migajas. Por eso yo ahora quería llevarme las joyas... Estoy muy enfermo; apenas puedo trabajar ya y contaba con ese tesoro para vivir descansado el resto de mis días...

Bell adivinó que Persheid estaba hundido, completamente desmoralizado. Aun así, tenía un arma en la mano y podía resultar peligroso.

—Abogado, mucho me temo que la fortuna del capitán estuvo más en la imaginación de las gentes que en los Bancos —dijo—. Joyce, ¿cuánto te dejó en efectivo?

—Oh, unos cien mil dólares y algunos bonos del Tesoro, más la casa de la ciudad... Y el famoso cuadro, naturalmente.

—¿Lo ve, abogado? Wishover fue un fanfarrón. Vivió bien, con lujos, y hasta es posible que, en tiempos, ganase mucho dinero. Pero el tesoro se evaporó a poco de su regreso de Europa, bueno, quiero decir en unos cuantos años. Eran joyas robadas y, aunque trajese un saco, no podía conseguir demasiado dinero. Los «peristas» son todos unos miserables, lo sé por experiencia.

—Entonces... ¿no me queda nada? —lloriqueó Persheid.

—No se haga el infeliz. Usted propuso a Deene y Rydell el robo del cuadro para sacarle medio millón a su antigua amante, Kathryn Vorsbaert. La cosa le falló, por ciertos imponderables que no es necesario mencionar, pero usted pensaba hacer un bonito negocio con un cuadro que, seguramente, el propio Wishover le había dicho que era falso.

—Yo no lo sabía...

—Por favor, no mienta. Usted en persona robó el cuadro a Schull, claro que después de haberle asesinado. Sabía que Schull era el ladrón porque, precisamente, también formó parte del «staff» del capitán Wishover y, como usted, andaba buscando el tesoro.

—Sabes muchas cosas, Lou —dijo Joyce.

—He investigado —explicó él—. Luego, el cuadro fue a parar a poder de una dama rica, pero ingenua, la cual pagó medio millón por algo que no tenía más valor que el de los materiales con que había sido hecho. Lo que sucede es que no sabían cómo encontrar el supuesto tesoro y por eso usted decidió agarrar el pájaro en mano que eran los quinientos mil dólares. Señor Persheid, ¿cómo se le pudo ocurrir que dos tipos de tan pésima reputación como Rydell y Deene, a quienes empleó como intermediarios, podían entregarle bonitamente una maleta llena de dinero?

Persheid bajó la cabeza, completamente desmoralizado.

—Cometí muchos errores —admitió.

—Le cegó el brillo de un tesoro que no existía. Y no sólo cometió errores, sino cosas aún peores, como, por ejemplo, cuando mandó a un tal Kerr Scully a asesinarnos. Para entonces, ya había averiguado la situación de Stoneblock y creía resueltos sus problemas. Bien, aquí se acaba todo, abogado. No hay tesoro, sobre usted pesa una acusación de asesinato y...

De pronto, Joyce lanzó un grito:

—¡Lou, mira!

Bell volvió la vista. Por la pendiente que conducía al desfiladero bajaba un coche a toda velocidad, dejando una espesa nube de polvo como estela. Bell agarró el brazo de la chica.

—Lo mejor será que nos evaporemos, encanto.

Echaron a correr. Persheid, atontado, perdido el ánimo por completo, permaneció en el mismo sitio, sin acordarse siquiera de la pistola que tenía en la mano.

El coche se detuvo a los pocos instantes. Bell y Joyce, escondidos tras unos pedruscos casi cubiertos de verdor, contemplaron lo que sucedió a continuación.

Cuatro hombres se apearon del coche. Uno de ellos señaló a Persheid.

—¡Acabad con él! —rugió Dussy.

El abogado reaccionó entonces y levantó la pistola, pero Packy y Buddoe lo acribillaron a balazos. Persheid se desplomó y ya no se movió más.

—Bell y la chica tienen que estar por ahí —bramó Dussy—. Hay que encontrarlos. Quiero arrancarles la verdad, aunque tenga que despellearlos vivos.

Reggie Fox, todavía con la nariz cubierta por el vendaje, Buddoe y Packy se dispersaron por los alrededores de la casa. Joyce temblaba de pánico. Bell intentó tranquilizarla, agarrándola de la mano.

—No temas —murmuró.

Miró a su alrededor y encontró una piedra como su puño. Después de cogerla, la sopesó un poco y esperó.

No lejos del lugar en que se encontraban, crujieron unos ramajes. Bell volvió la cabeza.

Buddoe apartó unos arbustos. La piedra voló por los aires antes de que pudiera dar la voz de alarma, le golpeó en la frente y lo hizo caer sin sentido en el acto. Bell corrió hacia él y le quitó la pistola.

—Las perspectivas mejoran —sonrió. Levantó la voz, ahuecándola, y dijo—: ¡Aquí, Packy!

El otro hampón apareció a la carrera. Cuando quiso darse cuenta, Bell le había asestado un tremendo golpe en la sien.

—Haz la segunda muesa, muñeca —dijo alegremente.

Recogió la segunda pistola y siguió aguardando. Reggie se hizo visible a poco, moviéndose con la pesadez de un paquidermo. Bell decidió que no podía correr riesgos, apunta cuidadosamente y le metió un balazo en una pierna.

El gigante cayó inmediatamente, chillando como un poseído. Bell se levantó y echó a correr. Dussy le oyó y empezó a volverse, pero se inmovilizó al ver que Bell le apuntaba con dos pistolas.

—Quieto, Nico —ordenó—. Si mueves una ceja, te destrozo el hígado.

Dussy apretó los labios.

—¿Dónde están las joyas? —preguntó.

—Deberías estar mejor informado. El capitán Wishover las vendió hace más de veinte años, quizá treinta. Él se inventó la leyenda, para conseguir dinero en algunas ocasiones. Unas veces devolvía los préstamos, otras no... ¿Te debía algo?

—Doscientos de los grandes —contestó Dussy ceñudamente.

—Entonces, olvídalo. Repito que no hay joyas, pero, aunque existieran, la heredera del capitán no te pagaría un solo centavo. ¡Joyce! —llamó Bell repentinamente.

—¿Sí, Lou?

—Entra en la casa y tráete cordones de las cortinas. Tenemos que atar a esta colección de gazzápiros.

—Perfectamente —contestó la muchacha.

Dussy se alarmó.

—Oye, no estarás pensando en llamar a la Policía...

—¿Tú qué crees? Mataste a Deene, has hecho asesinar a Persheid... ¿Piensas que te van a dejar ir, dándote unas palmaditas en los hombros?

—Escucha, tengo dinero... —dijo Dussy desesperadamente.

Bell le dirigió una mirada cargada de desprecio.

—Me das asco —contestó—. Puede que, como dicen muchos, yo sea un pájaro de cuenta, pero, al menos, no he asesinado o hecho asesinar a nadie. Ni tampoco he tomado objetos que pertenecieran legítimamente a otra persona.

Joyce llegó y Bell ató a Dussy. Luego hizo lo mismo con los otros tres, aunque a Reggie le puso un vendaje en torno a la pierna herida. A continuación, se volvió hacia la muchacha.

—Y ahora, encanto, ve a Matabaja y avisa a la Policía.

—Conforme, Lou.

De pronto, se oyó un extraño sonido.

Bell se volvió. Aquel mido salía de la boca del gigante. Reggie Fox lloraba como un niño.

—Me van a encerrar de por vida...

«Te lo mereces, canalla», pensó el joven. Pero no lo dijo en voz alta.

—Ahora tardaremos en vernos —dijo.

—¿Te vas de vacaciones?

—Por lo menos, un año. Abandono el oficio, Salomón.

—Voy a perder mucho dinero, Lou —suspiró el comerciante.

—Di mejor que dejarás de ganarlo, pero, créeme, estoy un poco cansado de esta vida tan agitada. He pasado verdadero miedo en ocasiones y quiero vivir tranquilo.

—Del aire, claro —dijo Ebhraddam sardónicamente.

—Por el momento, no tengo que pedirte prestado ni un centavo, así que te puedes echar a dormir tranquilo. ¿Te debo algo ahora, Salomón?

Ebhraddam hizo un gesto negativo.

—Estamos en paz, Lou.

—Amén —contestó el joven.

Cuando se disponía a salir, vio que entraban tres individuos de hosca apariencia.

—Me alegra encontrarte aquí, Lou Bell —dijo Mungo.

—¿Andabas buscándome, Tom?

—Sí, y tú sabes muy bien los motivos. Oye, no te voy a pedir más de lo que me corresponde. Hemos tenido algunas diferencias en el pasado, pero, a partir de ahora, todo será paz entre nosotros. ¿Entendido?

—Me encanta oír palabras tan agradables —sonrió Bell—. Pero ¿qué ibas a pedirme?

—Encontraste el tesoro del capitán —dijo Mungo—. ¿Sabes? Me debía un cuarto de millón. Dame joyas por valor de esa suma y firmaremos la paz para siempre.

—Tom, ¿de veras prestaste a Wishover tanto dinero?

—Sí. Claro que me ofreció garantías...

Bell puso una mano en el hombro del sujeto.

—Te voy a dar un consejo, Tom. Visita a Dussy; está en la cárcel

con Reggie, que te traicionó, como seguramente no ignoras. También le debía Wishover mucho dinero, pero, lamentablemente, el tesoro sólo existía en su imaginación. Os engañó a los dos, y no fuisteis los únicos. ¿Entendido?

Mungo se quedó con la boca abierta.

—¿Hablas en serio? —preguntó.

—Ve a ver a Dussy. No creo que él tenga motivos para engañarte —respondió el joven. Meneó la cabeza—. Estúpidos... Dejaros engañar miserablemente por Wishover...

Echó a andar, apartó a los esbirros y salió a la calle, antes de que Mungo hubiese tenido tiempo de reaccionar.

Al cabo de unos momentos, Mungo se volvió hacia Ebhraddam.

—Ha querido burlarse de mí, Salomón —dijo.

—No. El que se burló fue Wishover. Os tomó el pelo lindamente y ahora, ¿cómo le reclamas la deuda, si está en el infierno?

Mungo bajó la cabeza. Al cabo de unos instantes, reaccionó.

—En fin, así es la vida...

—No te quejes, al menos, estás en la calle. Dussy no puede decir lo mismo —contestó Ebhraddam incisivamente.

Joyce salió a recibirle y le tendió las dos manos.

—Esperaba que vinieses a verme, Lou —sonrió—. Tengo algo importante que decirte.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Tú tenías razón. Mi tío fue un trapacero y un estafador. A todos nos engañó con sus delirios de grandeza...

—Le gustaba vivir a lo grande, pero no tenía medios. Naturalmente, debía ingeniárselas para conseguir dinero, con la fábula del tesoro y del cuadro de Goya. Además, las joyas que se trajo de Europa no fueron tantas ni de tanto valor como suponía la gente.

—¿Quién te lo ha dicho?

Bell sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta.

—Estaba en el hueco de la baldosa de Stoneblock —explicó—. Aquí lo dice todo, sin omitir detalle, e incluye una relación completa de las joyas, con su descripción. En el año cuarenta y siete, valdrían unos doscientos mil dólares, a lo sumo. Muchas de ellas, además, fueron compradas, aunque de un modo especial.

—¿Cómo, Lou?

—Bueno, mercado negro... Hambre en Alemania, comida a cambio de sortijas y monedas de oro y cosas por el estilo. No es absolutamente ilegal, aunque tampoco se pueda calificar de legal. Pero lo hacía porque sabía que no iba a continuar en el Ejército y, además, les hubiera costado muchísimo encontrar pruebas, si hubiesen intentado procesarlo.

—Me siento decepcionada —dijo Joyce—. La verdad, yo esperaba encontrar un cofre repleto de joyas, diamantes, collares de perlas...

—Sí, como en las historias de piratas, ¿verdad?

—El capitán nos tomó el pelo a todos, Lou —suspiró ella.

—A mí, no. Nunca acabé de creerme la historia del tesoro. Pero, en fin, esto ya se ha acabado y sólo falta el desenlace.

—¿Cuál es el desenlace? —preguntó ella.

Bell la miró críticamente durante unos segundos.

—Me debes un pico, pero estoy dispuesto a perdonártele con una condición —dijo al cabo.

—Soy toda oídos —respondió Joyce.

—Tengo lo suficiente para estar un año sin trabajar, dedicado a la pintura. Por el momento, no te pido nada; solamente, que me permitas visitarte con frecuencia. Creo que acabaremos por entendernos y estrechar relaciones entre los dos.

—No está mal pensado —sonrió la muchacha.

—Y quizá, un día... Bueno, podríamos pensar algo más duradero, ¿no te parece?

—Tenemos un año de tiempo, Lou. Además, te debo algo de valor muy superior a la suma que te prometí. Nunca me habría imaginado ser la dueña de un lugar tan encantador como Stoneblock. Ése sí que es un verdadero tesoro, ¿no te parece?

—Yo opino que hay un tesoro infinitamente más valioso.

Joyce sintió sobre sí la mirada del joven y se puso colorada.

—Está bien... ¿Qué te parece si empezamos... la relación, Lou?

—¿Cuál es el procedimiento?

—Adivínalo, tonto.

Bell se acercó a ella y la abrazó.

—Sospecho que esta relación va a durar toda la vida —mordisqueó su oreja—. Y un día te pintaré desnuda...

—¿Serás capaz, Lou?

—Tú decidirás, aunque eso puede esperar por el momento. Pero tienes que saber una cosa.

—Dime, querido, ¿qué es?

—He dejado de ser un pájaro de cuenta —aseguró el joven firmemente.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

